

SAFARI

CLARK CARRADOS

SAFARI

Colección ESPACIO

SAFARI

POR

Clark Carrados

o-O-o

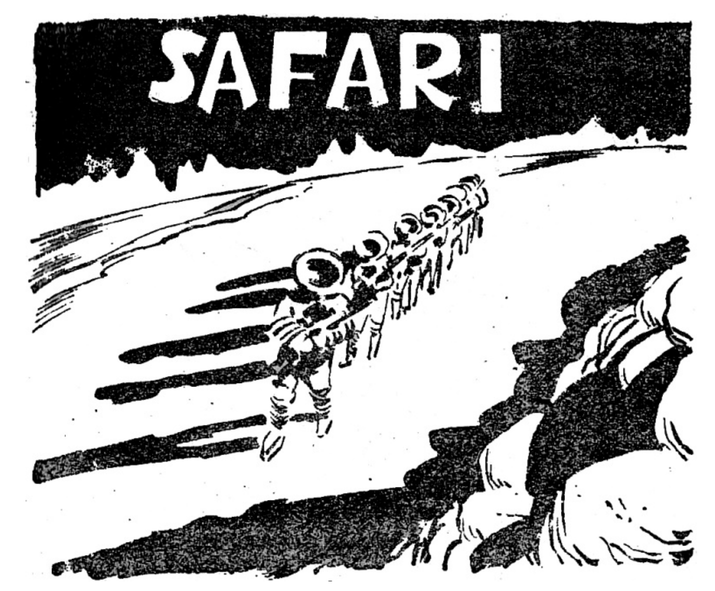
EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 9507 - 1959

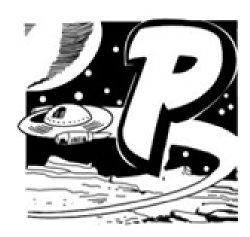
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. — Pasaje de Nuria, 8. — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



ARA Br'nath y muchos de los miembros de su tribu, la llegada de una nave al astropuerto de Colombópolis era siempre, además de una fuente inagotable de sorpresas, una ocasión de perder agradablemente el tiempo, charloteando y riendo entre sí, con la alegría y la algazara propias de un centenar de micos en su jaula del Zoo.

Pero además de una entretenida distracción, la llegada de una cosmonave significaba, por regla general, la casi seguridad de un suculento contrato como porteadores para alguno de los «safaris» a que los terrestres eran tan aficionados. Buena paga, excelente comida y la posibilidad de una serie de excitantes aventuras de las cuales tendrían mucho tiempo para charlar una vez se hubiese concluido la expedición de caza, eran cosas que ofrecían un incentivo difícil de superar.

Sí, los terrestres viajaban mucho a Colombópolis, la capital de Markhon IV, uno de los pocos planetas habitables del sistema de Capella, en donde podían encontrar los placeres de la caza mayor que ahora les estaban vedados casi en su totalidad en su planeta de origen.

Desde, luego, las expediciones de caza no eran todo lo numerosas que

Br'nath y sus compañeros de tribu hubieran deseado. La Jefatura de Conservación de Especies Vivientes Animales y Vegetales restringía enormemente los permisos, atendiendo principalmente no sólo a la conservación de las fieras vivas, sino a que se multiplicasen, para que no llegara a ocurrir como en la Tierra, en la que había algunas que ya se habían extinguido totalmente y de las cuales sólo quedaban pálidos recuerdos disecados en algún Museo de Historia Natural.

Esto por un lado. Por otro, existía el precio casi prohibitivo de un «safari». Aparte del terrible coste de los pasajes —un billete para Capella, del Cochero, a 46 años luz de la Tierra, es algo que sólo los funcionarios en misión oficial del Gobierno o los dueños de megafortunas pueden costearse — están los pagos a los porteadores, los víveres— buena parte, de ellos importados de nuestro planeta a un precio no metafóricamente astronómico—; las armas, que no pueden llevarse en las astronaves, para no recargarlas con un peso totalmente innecesario y han de adquirirse en Colombópolis, y por último, como remate y colofón de todo, el importe de los permisos más el de las vacunas contra las raras enfermedades de Markhon IV, que también suman un pico. Y cuando uno era lo suficientemente rico como para haber podido costearse todo esto, aún quedaba otra cosa en la cual fijarse muy detenidamente.

Los Servicios de Vigilancia de Caza. La más leve infracción de los reglamentos, una de cuyas copias — 473 artículos, nueve disposiciones adicionales, doce transitorias (pero que habían quedado definitivas), y siete protocolos, más un «Manual Acerca del Trato que Debe Sostenerse con los Nativos de Markhon IV»—, se entregaba a todo cazador para que no alegase ignorancia, eran suficientes para que el desdichado que hubiera tenido la mala suerte de violar una de dichas reglas se le retirase toda clase de licencias, excepto la de criar canarios en jaula y usar limpiadientes después de la comida, amén de una substanciosa multa que le dejaba en condiciones de usar únicamente hojas de árbol como vestimenta, pues se veía obligado a empeñar todos sus bienes o poco menos para poder abonar el importe de las sanciones. Y si algo había implacable e inapelable era una sentencia del Tribunal de Caza: el mismo Presidente habría perdido su puesto si hubiese intentado interceder en favor del desgraciado que había tenido el infortunio de delinquir en tal sentido.

Br'nath y sus amigotes charloteaban y disfrutaban pensando en el afortunado terrestre que podía caerles en suerte. Tendrían, después del «safari», un excelente abono en su cuenta corriente —vigiladas estrictamente las de todos los nativos por una Comisión especial protectora designada por el Gobierno terrestre, a fin de evitarles los peligros de la dilapidación y el derroche inútiles—; comida abundante y excelente durante el tiempo de la expedición —¡comida terrestre! —y aventuras y distracciones suficientes para tenerles ocupados unos cuantos meses, pues Markhon IV, por una rara

casualidad, disfrutaba de un ciclo temporal tan similar al de la Tierra, que sólo se diferenciaba de ésta en un par de segundos al día.

Aún había más: Br'nath era subjefe de «safari» y gozaba de gran prestigio entre los nativos, no sólo por su habilidad y experiencia, sino por la gran amistad que le unía con el famoso Cairo Holt, el mejor cazador de Markhon IV, cuya amistad se remontaba a los lejanos tiempos en que ambos, todavía sin haber aprendido a hablar, se refocilaban en el cálido fango de las afueras de Colombópolis, con gran desespero de sus madres respectivas y sonoras carcajadas de sus padres, dichosos de ver lo que prometían aquellos rebeldes y traviesos vástagos.

El sonoro rugido de las toberas de la astronave se apagó apenas las patas sustentadoras de ésta hubieron tocado el cemento antitérmico del astropuerto. El lugar donde la nave aterrizaba estaba oculto por la niebla, dada la gran distancia a que, por obvias razones de seguridad, se realizaba la maniobra. Sin embargo, Br'nath y sus amigos no tardaron en lanzar los clásicos «uhús» de alegría con que recibían a los terrestres cuando vieron ponerse en marcha la cinta deslizante que unía el punto de aterrizaje con los edificios de la administración. Esto significaba que dentro de poco se verían los primeros viajeros terrestres, y Br'nath y sus amigos ya tenían la suficiente experiencia para distinguir a los que eran funcionarios y venían en misión oficial, de los que venían en simple viaje de recreo. De los últimos habría pocos, mas ni uno de ellos dejaría de traer las intenciones de organizar, un «safari» y esto era lo que únicamente interesaba a Br'nath y sus alegres secuaces.

Una figura primero, dos después y luego una larga e irregular hilera surgió de entre la niebla, arrastradas todas por la cinta deslizante. Las agudos ojos de Br'nath captaron inmediatamente las particularidades de cada uno de los recién llegados y se dispuso a actuar en consecuencia.

Lanzó un agudo cloqueo a sus amigos, indicándoles que esperasen allí, tras la valla de separación que sólo escasos nativos conseguían franquear. Esto se debía, más que a discriminación racial, a la peculiar psicología de los markhonianos: alegres, juguetones y traviesos, carecían casi por completo del sentido de la responsabilidad y no era la primera vez que organizaban algún estropicio en las oficinas de la administración, con sus violentas bromas a las que tanto eran aficionados.

Br'nath se deslizó hasta la puerta de entrada destinada a funcionarios. El agente Márquez fingió no verle — ambos eran buenos amigos—, y Br'nath llegó así hasta Recepción, donde ya los primeros viajeros empezaban a cumplimentar las indispensables formalidades de la llegada.

Las amarillas pupilas de Br'nath se fijaron especialmente en un viajero perteneciente al sexo femenino quien, al parecer, iba acompañado por otro congénere. La primera era una mujer joven, alta, esbelta, de cortos cabellos

pajizos y ojos azules; la segunda pasaba de la cuarentena, tiraba ya para lo rollizo y con su aire protector y maneras eficientes parecía lo que era: secretaria y dama de compañía de la primera.

Cuando el nativo llegó a la altura de las dos mujeres, su finísimo oído pudo captar algunas frases de la conversación que, a media voz, se estaba desarrollando entre ambas.

—Tú no estás bien de la cabeza, Charlene — decía la de más edad—. Esto que haces es una chifladura:

—¿Vas a decirme que soy la primera mujer que viene a Markhon IV con intenciones de tornar parte en un «safari», Helen?

—Por supuesto que no, Charlene, pero...

Aquellas pocas palabras bastaron al indígena. Sonriendo aparatosamente, se acercó a las dos mujeres.

—¿Vosotras «safari»? ¿Sí?

Charlene Sparlett miró al menudo hombrecillo, de ralos cabellos y piel blancuzca, con unos brazos desmesuradamente largos para su menguada estatura y que vestía de modo somero, con una blusa y unos «shorts», usados pero limpios, y que, plantado con las piernas abiertas frente a ellas, les sonreía como una especie de animalillo doméstico, dócil y ansioso de agradar.

El aspecto del nativo le fue simpático a la muchacha.

—Sí, desde luego; venimos dispuestas a tomar parte en un «safari». ¿Cómo te llamas? Yo soy Charlene y ésta, Helen.

El continuo contacto con los terrestres había vuelto muy cortés a Br'nath, aunque, como todos los markhonianos, tuviese enormes dificultades con los idiomas. Sabía muchos de los terrestres, pero ninguno correctamente, a pesar de que los había aprendido al mismo tiempo que el suyo propio. Y lo mismo ocurría con todos sus compatriotas.

—Hola, Charlene; hola, Helen. Yo encantado de conoceros. Encantado de buscar cazador jefe de «safari». Yo licencia subjefe «safari». Gran cazador también. Yo llamo Br'nath.

Los markhonianos eran absolutamente sinceros, por lo que no podían calificarse de autobombo las palabras que Br'nath se había aplicado a sí mismo.

—Me alegro mucho, Br'nath — dijo Charlene, sonriendo amistosamente —. Nosotras buscamos un buen cazador...

—Yo proporcionar. No otro mejor que Holt, Cairo Holt. Cairo, amigo mío. Buena puntería. «¡Pum, pum!», dos tiros y fiera muerta. ¿Cuántas querer cazar vosotras?

—Pues... ya lo discutiremos luego, ¿no crees, Br'nath? Ahora lo interesante es que nos lleves a ver a ese Holt — y después de estas palabras, Charlene miró a la otra—: Es curioso; en la Tierra nos recomendaron precisamente a Cairo Holt.

—Algo tendrá cuando su fama ha llegado tan lejos, Charlene —observó Helen pensativamente—. Sin embargo, tenemos que despachar primero todas las formalidades burocráticas y luego, un buen baño en el hotel...

—¡Hotel «Sputnik»! — cloqueó Br'nath—. No otro mejor y Cairo vivir muy cerca. Yo acompaño, ¿querer?

Charlene se echó a reír.

—Bueno, Br'nath; creo que te tendremos junto a nosotras hasta que nos hayamos ido. Aguarda aquí un momento, ¿quieres?

—Encantado —dijo el nativo gravemente.

Br'nath buceó en sus bolsillos hasta encontrar una pastilla de chiclé que comenzó a mascar con gran deleite. ¡Qué cosas tan agradables sabían inventar los terrestres!

Todavía le duraba la goma de mascar cuando Charlene y Helen salieron del hotel, acompañadas hasta su puerta por el propio dueño, Poliakoff. El apellido de Sparlett era lo suficientemente importante como para que Poliakoff bailara de coronilla, sosteniendo con cada pie un colmillo de mamut si ella se lo pedía.

Br'nath estaba sentado en los escalones de acceso al hotel. Ninguno de los indígenas tenía acceso al «Sputnik», no porque algunos de ellos no pudieran abonar las crecidas minutas que allí se presentaban, sino por la manía suya de enredarlo todo y hacer que las rebanadas de langosta—terrestre, allí no se usaba menos—. aparecieran dentro del «consomé à la belle France» o hacer que en las paellas españolas se encontrase de pronto algún interruptor de la luz o cosa por el estilo, lo cual, como es de suponer, desesperaba a Poliakoff, a su «maître», a los camareros y, naturalmente, a los clientes.

Pero Br'nath no se sentía ofendido por aquellas prohibiciones. Para él las reglas de vida de los terrestres eran demasiado estrictas y severas y no comprendía cómo unos seres, tan parecidos a ellos, podían tomarse la existencia de aquel modo que a él le parecía tan lúgubre.

Se puso en pie de un salto al verlas.

—Vosotras venir; yo haber avisado a Cairo. Cairo, mi amigo. Yo amigo de Cairo más que otro markhoniano. ¿Sí?

Charlene sonrió. Le agradaba el cloqueante parloteo de aquel hombrecillo, cuyas amarillentas pupilas denotaban una gran astucia y sagacidad, al mismo tiempo que una fidelidad a toda prueba. Por el contrario, Helen lanzó un

suspiro de desagrado.

—Mujer gorda poco contenta aquí, en Markhon IV — observó Br'nath.

Charlene se echó a reír estruendosamente. En cambio, Helen se congestionó, amenazando con estallar y levantó en alto un objeto que llevaba en la mano y que le habían asegurado era indispensable en el húmedo clima de aquel planeta.

Br'nath esquivó alegremente el paraguazo que le había tirado la irritada secretaria y caminó delante de las dos mujeres, silbando con estruendoso desafinamiento una conocida marcha terrestre.

—Me ha llamado gorda — barbotó Helen.

—No te lo tomes así; ya sabes que todos los markhonianos son alegres y juguetones como los niños.

—Lo cual quiere decir que son sinceros — murmuró Helen melancólicamente, mirándose de arriba abajo su redondeada silueta.

—No te preocupes; aquí podrás hacer la cura de adelgazamiento por la que tanto suspiras.

Caminaron por la anchurosa Calle de la Galaxia, la vía de mayor importancia de Colombópolis. Muchos cálculos habían tenido que hacer los ingenieros y muy duros trabajos se habían tenido que ejecutar antes de que pudiera asentarse el flexible conglomerado de cemento y caucho que constituía el pavimento de las calles. El suelo estaba brillante, como consecuencia de los últimos chaparrones caídos y las espesas nubes que cubrían el cielo de la ciudad se habían separado un poco, permitiendo el paso de unos débiles rayos del sol que alumbraba aquel planeta.

Dado que, según había dicho el propio Br'nath, la distancia del hotel al lugar donde vivía el cazador era muy exigua, las dos damas habían decidido trasladarse a pie. Hubieran podido alquilar un taxi, pero Charlene encontraba más atractivo disfrutar del panorama de una ciudad construida con arreglo a unos cánones completamente distintos de los utilizados en la Tierra. Ninguna casa tenía más de dos pisos de altura y la distancia entre dos de ellas era la suficiente para que hubiera un trozo de jardín, en el cual se cultivaban plantas terrestres e indígenas. Colombópolis no estaba trazada a cordel, como las ciudades de la Tierra, sino qué todas sus calles partían de un centro —Plaza del Cielo—, en forma radial, con ligeras sinuosidades que evitaban la abstrusa monotonía de la línea recta en calles y avenidas. Las calles radiales estaban unidas entre sí por otras concéntricas, no exactamente circulares, cuyo radio iba en aumento a partir del punto de arranque que era la Plaza del Cielo, en la cual se encontraba el edificio del gobernador de Markhon IV, amén de otros oficiales, entre ellos la Alcaldía y la Jefatura de Caza.

Para Charlene todo era nuevo. Había bastantes tiendas, entre las cuales no

faltaban las inevitables dedicadas a vender los productos de la artesanía local, cuyos precios competían con los productos terrestres, que se pagaban a peso de oro o poco menos. También había bares y cafeterías, en los que se expendía un café excelente —indígena — y un vino estupendo, también markhoniano, que tenía mucho éxito entre los terrestres, a quienes resultaba casi prohibitivo pagar cincuenta «garants» por una simple copa de «whisky» o jerez.

Habiendo cesado de llover, el tránsito era abundante. Todos los residentes en Colombópolis, salvo el color y la diferencia de indumentaria debida a la de sexo, vestían de forma muy parecida: ellos, con unas simples camisas, «shorts» y sandalias, y ellas, con falda o pantalón corto, blusa y zapatos de tacón de distinta altura. Pero una cosa había en común para todos: la bolsita con el impermeable o el paraguas, pendiente del hombro por una correa. No se podía correr el riesgo de ir desprevenido: los chaparrones en Colombópolis eran frecuentes y descargaban su catarata sin avisar, de un modo tan repentino que apenas dejaba lugar a la defensa.

La residencia de Holt era un «bungalow» de una sola planta, muy espacioso, rodeado exclusivamente de plantas y árboles markhonianos. El techo era casi plano, con la inclinación suficiente para dejar correr el agua y todo él estaba montado al aire, sobre pilastras que lo separaban un par de metros del suelo, aislándolo de éste por completo. Una ancha escalera de una docena de peldaños unía la casa con el enarenado caminillo que cortaba en dos el jardín y daba a un espacioso pórtico cubierto, en el que se veían sillas y mesas.

Br'nath ascendió los peldaños en dos o tres saltos. Desde arriba se volvió y gesticuló alegremente:

—Subir, mujeres.

Charlene y Helen obedecieron: Bajo el techo de la veranda se detuvieron, irresolutas. Br'nath había abierto ya la puerta de la casa y las invitaba a entrar.

—Pasar, vosotras.

Charlene vacilaba.

—Pero... ¿y el señor Holt?

—Yo gran su amigo. Entrar siempre sin llamar. Pasar, vamos.

Charlene miró a su secretaria y al fin, con leve alzamiento de hombros, se decidió. Helen la siguió y las dos se hallaron en un amplio vestíbulo, sumido en una suave penumbra, debido a que las persianas de las amplias ventanas que había estaban bajadas.

Br'nath se entretuvo en alzarlas, en tanto que de su sonriente boca salían una serie de cloqueantes sonidos.

—Este lenguaje para mí es tibetano — murmuró Helen, disgustada.

Su amiga no la miraba.

—Entenderías mucho mejor el tibetano que el markhoniano— repuso Charlene, la cual, de pronto, se había dado cuenta de un detalle.

Para ser la residencia de un cazador profesional, no había en las paredes los acostumbrados trofeos cinegéticos que ella había esperado encontrar. En cambio, abundaban las fotografías de gran tamaño, que substituían aquellos trofeos, pero no eran de animales muertos, sino tomadas en vida, en distintas actitudes que resultaban mucho más impresionantes que hubieran podido serlo una cabeza o unos colmillos colgados de los muros.

Había un gran número de fotografías.

Estaba Charlene entretenida contemplando aquellas fotografías cuando, de pronto, una voz se oyó a sus espaldas.

La voz aquella dijo:

—Buenas tardes.

La muchacha se volvió. El dueño de la casa estaba frente a ellas.

—Soy Cairo Holt— dijo el hombre—. ¿Cómo están ustedes?

—Encantada — dijo ella, dando su nombre y el de su compañera.

Él expresó su complacencia.

—Por favor — les indicó él unas sillas, en torno a una mesa—, siéntense. Ahora mismo les servirán de beber.

Como si aquellas palabras hubieran sido un conjuro, el diligente Br'nath apareció con una bandeja en la que se veían una botella y copas. Cairo sirvió el líquido contenido en la botella, el cual era de un espléndido tono verde, completamente transparente, con algunas espumosas burbujas en su interior.

Ellas miraron aquel líquido con extrañeza.

—Es vino markhoniano, de mis propias cepas — dijo Cairo, a guisa de explicación—. Un poco raro resulta el color verde, sobre todo si se tiene en cuenta los tonos rojos y dorados de los terrestres, pero puedo asegurarles a ustedes que su sabor es excelente.

Las dos mujeres tomaron unos sorbos, hallando acertadas las palabras del cazador. Cairo ofreció cigarrillos, que sólo Charlene aceptó, y después de haberlos encendido, dijo:

—Según Br'nath, ustedes tienen la intención de organizar un «safari».

Charlene asintió.

—Yo no—saltó Helen con viveza—. Por mi gusto, no me habría movido

de la Tierra y todos los cazadores profesionales podían irse al... ¡Oh, dispénseme, señor Holt!

Cairo sonrió levemente.

—No tiene importancia, señora Doyle. Eso va en gustos, naturalmente.

—La idea fue mía—exclamó Charlene—. Yo soy la que tiene empeño en organizar ese «safari» y llevarme unos cuantos trofeos markhonianos para la Tierra:

El cazador pareció meditar.

—Charlene Sparlett, de las Empresas Asociadas Sparlett — murmuró lentamente, Cairo—. Sólo así se explica que pueda usted pagarse el elevado coste que supone una expedición de caza como la que intenta.

Ella se puso muy colorada.

Dijo:

—No creo que mi posible fortuna tenga nada que ver...

Él la interrumpió:

—Por supuesto que no, señorita Sparlett — dijo Cairo—. Dispénseme, pero a veces tengo la poco agradable costumbre de hablar conmigo mismo. ¿Tiene usted alguna idea, del lugar a donde hemos de ir o prefiere que fije yo los campos de caza?

Y miró fijamente a su interlocutora.

Charlene bajó un instante los ojos; después se mordió los labios y al fin, como si temiera algo, dijo:

—Desearía ir a los pantanos de Sierra Muerta, señor Holt.

Nada más.

Después de aquellas palabras hubo un gran silencio en la habitación.

CAPÍTULO II



ON gran flema, Cairo aplastó la colilla de su cigarro contra el cenicero. Luego miró a Charlene.

—¿Los pantanos de Sierra Muerta, ha dicho, señorita Sparlett?

Charlene pareció haber tomado algo de valor.

—Exactamente, señor Holt. Allí es donde quiero cazar.

Es mi obligación advertirla, señorita, que también hay piezas en otros lugares, incluso en la parte Sudoeste de Sierra Muerta, señorita.

—Lo sé. He tomado muchos informes antes de venir a Markhon IV, y sé que las fieras que yo busco abundan prácticamente en todo el territorio del planeta. Pero yo quiero cazar las que hay en el lugar citado.

Cairo volvió a encender un nuevo cigarrillo.

—¿Figura entre sus informes la travesía del territorio de los «bakhutshos», señorita Sparlett?

—Por supuesto que sí, señor Holt — dijo ella impávida.

—Si los «bakhutshos» atrapan a alguien que no pertenece a su tribu... ¿Ha oído hablar usted de los tormentos chinos?

—Sí, señor Holt. Conozco los riesgos que nos aguardan y estoy dispuesta a desafiarlos.

—Supongo que estará enterada, entonces, de que una vez que se penetra en territorio «bakhutsho» cesa la protección del gobierno. Las autoridades declinan toda responsabilidad sobre las expediciones que se aventuran más allá de los límites señalados.

—Sí, lo sé; y quisiera hacerle una pregunta sobre dicho tema. ¿Por qué no se, reduce a los «bakhutshos» a la obediencia y se les obliga a comportarse como personas civilizadas?

Antes de contestar, Holt expulsó el humó de su cigarrillo. Luego dijo:

—El gobierno estima, y con razón, que no debe obligarse a ninguna persona a vivir en forma distinta a como es su voluntad. Es cierto; podríamos enviar expediciones guerreras contra los «bakhutshos», equipadas con toda

clase de armas. Los derrotaríamos, sin lugar a duda, pero ¿qué íbamos a hacer con los supervivientes? ¿Encerrarlos en una reserva? Ellos no salen de los límites de su territorio; incluso tienen destinados feroces castigos para quienes violan tal disposición; por lo tanto, lo más acertado es dejarlos donde están.

—Pero es que yo quiero cazar donde le he dicho antes, señor Holt — insistió ella, tercamente.

—¿Tiene usted mucho empeño en que su cráneo adorne la entrada de la choza de algún guerrero «bakhutsho», señorita Sparlett?

Charlene irguió el busto.

—Dígame usted si tiene miedo — contestó secamente—. En tal caso, contrataré otro cazador.

Durante unos segundos, los dos se miraron, con ojos llameantes. Cairo aplastó el cigarrillo contra el cenicero con mal contenida furia.

—Se le nota que ha nacido rica, señorita Sparlett. No es de las que están acostumbradas a que le contradigan, ¿verdad?

—¿Viene usted conmigo o no? — dijo ella fríamente—. Pago un cincuenta por ciento más sobre la tarifa; estableceré un seguro de vida de veinticinco mil «garants» por cada uno de los miembros de su expedición, y luego una sobreprima especial de quinientos «garants» por cada pieza abatida, excepto a usted que serán mil... ¿Qué más quiere usted, señor Holt? Por la cuarta parte de lo que he ofrecido, habría cazadores profesionales que aceptarían a ciegas, sin pensárselo dos veces. Le ruego una contestación pronta; no he recorrido una distancia de cuarenta y seis años luz para perder el tiempo en discusiones inútiles.

Una débil sonrisa apareció en los delgados pero firmes labios del cazador.

—Shaina, la reina de los «bakhutshos», se sentirá muy feliz cuando su sumo sacerdote le entregue el corazón palpitante de una mujer terrestre, joven y no mal parecida.

—Gracias por lo de no mal parecida, señor Holt. Hasta ahora todos me habían dicho que era bella.

—Cuestión de opiniones — dijo él, y Charlene pareció enfurecerse. Cairo se apresuró a tranquilizarla—. Está bien, acepto; así como así, yo también tenía muchas ganas de darme una vueltecita por el país de los «bakhutshos».

—Puede que entre en ello las ansias de conocer a su reina, señor Holt. Supongo que será una beldad sanguinaria, ávida de la sangre de los terrestres.

—Nadie la ha visto todavía—contestó gravemente Cairo—. Pero los rumores que se corren acerca de ella es que se trata de una vieja cuya antigüedad corre parejas con la de las Pirámides.

—En todo caso, ello es indiferente. ¿Cuándo cree usted que podremos partir?

Cairo miró unos segundos al techo; luego replicó:

—No antes de una semana, señorita Sparlett. Soy un cazador profesional y como sé los riesgos que vamos a correr, no quiero afrontar más que los razonablemente inevitables.

—Muy bien, de acuerdo, pues, señor Holt. Ahora, una advertencia. Quiero llevarme las piezas enteras, es decir, sus pieles intactas, junto con la cabeza, ¿me comprende?

La sorpresa recibida por Cairo fue tan grande que la mandíbula le colgó casi hasta el pecho.

—¿Las... piezas... enteras...? — balbuceó.

—Justamente, señor Holt—contestó ella, sin inmutarse.

Sólo un perfecto dominio de sus nervios impidió el estallido. Cairo apretó los puños, aflojándolos casi a continuación.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, señorita Sparlett?

—Usted haga lo que le digo y no se preocupe de más. Dentro de seis meses, una nave especialmente fletada vendrá a llevarse mis trofeos de caza para mi museo particular.

Cairo miró a Br'nath. Éste le devolvió la mirada, de un modo harto singular, empezando luego a hablar en markhoniano, de una forma tan rápida que a Charlene le pareció un disco girando a mayor velocidad de la normal.

La muchacha, pues lo era, ya que no había cumplido aún veintitrés años, se enojó:

—¿Qué es lo que están hablando ustedes? — inquirió, autoritaria.

Cairo se volvió a mirarla.

—Br'nath dice que eso costará más, señorita Sparlett. Y está en lo cierto, porque de ordinario, sólo llevamos el equipo para traernos las cabezas de las piezas abatidas. Pero desollar enteramente una de ellas y conservar, además, la piel, hasta que vengan a buscarla, es cosa que requerirá...

Con gesto indiferente, Charlene dijo:

—Helen, por favor, mi libro de cheques — y luego, con el talonario en la mano, miró al cazador—: ¿De cuánto quiere usted el anticipo, señor Holt?

—Quince, mil «garants» —respondió él, ligeramente turbado por la firmeza de Charlene—. Con menos no puedo comprometerme a empezar, señorita Sparlett.

Ella escribió sobre uno de los cheques que luego firmó nerviosamente, arrancándolo de la libreta y entregándoselo a Cairo.

—Aquí tiene usted, señor Holt. Para su tranquilidad he agregado cinco mil más. Si se le agotara el anticipo, me hospedo en el Hotel «Sputnik» se puso en pie y Helen la imitó—. No olvide — agregó—, que la partida es antes dentro de una semana, tal como usted dijo.

Cairo se inclinó versallescamente.

—Será servida... su majestad — pero esto último lo dijo entre dientes, de modo que ella no pudiera oírle.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, Cairo miró al nativo:

—Br'nath — inquirió—, ¿qué te parece la joven?

Como la pregunta había sido formulada en markhoniano, las dificultades lingüísticas desaparecían para Br'nath. Contestó:

—Un poco chiflada me parece que está, Cairo, ¿A qué tanto empeño en cazar al otro lado de Sierra Muerta?

—Me gustaría saberlo — dijo Cairo, en pie, pero apoyado en el marco de la puerta, fumando pensativamente—. Veremos, lo que dicen tus amigos cuando les hablemos de atravesar el territorio de los «bakhutshos».

Br'nath agitó la mano desdeñosamente.

—Vendrán — dijo secamente—. Sólo por ti irían a cualquier parte, sin paga alguna. Por eso no debes preocuparte, Cairo.

—Mejor que mejor, Br'nath. Sin embargo, hay otra cosa que me llama mucho la atención: la insistencia de la señorita Sparlett en cazar al otro lado de Sierra Muerta. ¿Por qué allí precisamente? Hubo una breve pausa. Después, Cairo dijo:

—Mira, Br'nath, vas a encargar a dos o tres de los tuyos, de los de más confianza...

—Zol-hoi, Estem'm y Koroiss — dijo el nativo.

—Justamente, esos mismos. Diles de mi parte, que hasta tanto no hayamos salido de Colombópolis, que vigilen atentamente todos los pasos de la señorita Sparlett, con mucho cuidado, naturalmente, de no ser vistos. Y que me den cuenta todos los días, o a ti, si no pueden verme a mí, de las observaciones que hayan hecho, ¿Entiendes?

Br'nath sonrió con vivacidad. Se llevó la mano derecha a la sien del mismo lado y dijo, con vivacidad:

—O.K., Jefe — y se dispuso a salir del «bungalow», pero cuando ya había puesto el pie en el primer escalón, retrocedió—: Cairo, estoy limpio.

El cazador sonrió. Metió mano a su bolsillo y sacó cuatro monedas de oro, de diez «garants» cada una.

—Toma — dijo—; para ti y tus amigos. Y vigiladme bien a la chica, ¿eh?

—Queda tranquilo — dijo Br'nath, descendiendo la escalera a grandes trancos. Comenzó a silbar y se alejó calle abajo caminando rápidamente.

* * *

Era alta, rubia y tenía ojos de gato. Se ataviaba con un vestido negro, sin mangas, que dejaba uno de sus redondos hombros al descubierto. Su cuello estaba rodeado por un pesado collar de oro, magníficamente labrado y salvo un diminuto relojito del mismo metal en la muñeca izquierda, ésta era la única joya que llevaba.

Cruzó con el porte sereno y altivo de una reina por delante de Charlene y Helen, sentadas a la mesa en el lujoso comedor del «Sputnik». Las dos mujeres miraron a la desconocida, que se acomodó en una mesa no muy lejos de la suya, atendida servicialmente por el propio Fabián, el «maître» del hotel.

—¿Quién será esa mujer? — murmuró Charlene—. Es muy bella.

—Por cierto que sí — repuso Helen—. Y además, noto en ella no sé qué de sugestivo y turbador que debe volver locos a los hombres, a poco que se lo proponga.

—No parece de la clase de aquéllas a quienes les gusta divertirse y coquetear en todo momento — dijo Charlene, observando disimuladamente a la desconocida, cuyo bellísimo rostro aparecía serio y circunspecto, sin señales de adustez u hosquedad, no obstante. Sonrió levemente al escuchar las indicaciones de Fabián sobre los mejores platos de la cena y encargó su menú, después de lo cual, y en espera de que se lo sirviesen, extrajo de su discreto bolso de noche una costosa pitillera de oro.

Mientras la hermosa desconocida encendía su cigarrillo, Charlene la estaba mirando. Los ojos de aquélla se levantaron un momento y por un instante chocaron sus miradas con las de la muchacha. Esta se sonrojó levemente y ocultó su turbación en el plato.

La cena se desarrolló normalmente. Pero una comezón de saber desasosegaba a Charlene, quien aprovechó uno de los momentos en que Fabián pasaba por su lado para hacerle una seña.

Charlene deslizó discretamente un billete de cincuenta «garants» por encima del mantel, del que se apoderó instantáneamente la ávida garra del «maître».

—Fabián — dijo la muchacha en voz baja—, ¿quién es ésa dama tan hermosa?

—Lo ignoro, señorita Sparlett — contestó el aludido.

—¿Cómo? ¿Es que no se aloja en el «Sputnik»?

—No, señorita. Es la primera vez que la vemos por aquí. Lamento infinito no poderle dar más datos, pero...

—Gracias, Fabián; muy amable.

El «maître» saludó con una inclinación de cabeza y se retiró. La cena continuó y al terminar, Charlene, sintiéndose fatigada, dijo que se iba a dormir. Helen también estaba cansada, de modo que las dos mujeres se levantaron, dirigiéndose hacia la salida del comedor.

Mientras que caminaba, Charlene no dejaba de sentir en su nuca la hipnótica fijeza de la mirada de la desconocida. Subió las escaleras de acceso al «hall» y al llegar al rellano se volvió.

Las dos mujeres se miraron durante un momento, como desafiándose con las pupilas. Charlene dio media vuelta desganadamente, presintiendo en su interior que no tardaría mucho tiempo en encontrarse de nuevo con aquella mujer.

* * *

Cairo dormía profundamente cuando una mano le tocó en el hombro.

Acostumbrado a la vida al aire libre, llena de azares y peligros, se despertó, alertándose instantáneamente. Reconoció en las tinieblas a Br'nath, con toda facilidad, dándose cuenta de que el markhoniano estaba acompañado de otro nativo.

Alargó la mano y oprimió el pulsador de la luz. Cuando la hubo encendido, parpadeó, reconociendo luego a Estem'm en el compañero de Br'nath.

—¿Qué hay de nuevo? — inquirió, entre bostezo y bostezo.

—Cairo, Estem'm ha hecho un buen trabajo. Mira lo que ha traído.

Los ojos del cazador se posaron primeramente en el rostro del nativo, quien le sonreía abiertamente, y luego en el objeto que éste traía en la mano y que no era otra cosa que una fotografía.

Cairo tomó el rectángulo de plástico, escrutando muy interesado el rostro del hombre que había impreso en el mismo. Frunció el ceño.

El hombre debía de ser relativamente joven, lo mismo que él, o sea unos treinta años. Tenía unas facciones agradablemente varoniles, pero la corrección de las mismas estaba desvirtuada en parte por la dureza de sus delgados labios, que componían un gesto nada afable, pese a estar sonriendo cuando se hubo impresionado la fotografía.

A Cairo le pareció conocido aquel rostro y así se lo dijo a los nativos. Br'nath y Estem'm sacudieron casi unánimemente la cabeza.

—Yo no lo recuerdo — dijo el primero, y el segundo concordó también.

Cairo se frotó la mandíbula.

—Pues yo juraría que he visto a este tipo en Colombópolis. ¿Dónde estaba la fotografía, Estem'm?

—En el bolso de la señorita Sparlett — contestó el aludido, sin vacilar.

Cairo la volvió a estudiar durante unos segundos; después, la devolvió de nuevo al indígena.

—Toma, Estem'm, y déjala donde estaba sin que su propietaria se dé cuenta. ¿Algo más?

Estem'm movió la cabeza significativamente.

—No, nada por ahora, Cairo.

—Está bien—dijo el cazador—. Una buena labor, evidentemente. Ahora, a dormir, y no olvidéis que mañana tenemos mucho que hacer. Ya sólo nos quedan cinco días y hemos de aprovecharlos. — Suspiró, concluyendo—: La tarea que nos espera es dura, ¡muy dura!

CAPÍTULO III


ONOCE usted a esta mujer?

Cairo entrecerró los ojos y, durante, unos momentos, contempló especulativamente la fotografía que Charlene le enseñaba, y en la cual se veía una joven de singular belleza.

—¿Quién es? — inquirió el cazador.

—Eso es precisamente lo que le pregunto a usted, Holt — dijo ella.

Cairo se encogió de hombros.

—Me parece observar algo conocido en su rostro..., pero creo que no la he visto jamás en mi vida. ¿Cómo obtuvo usted esa fotografía, señorita Sparlett?

Ella sonrió, al mismo tiempo que jugaba con un encendedor.

—Este aparato — dijo—, es muy útil para obtener la imagen de una persona sin que ella se dé cuenta de que se la está fotografiando. Lo hice noches atrás, cuando estábamos cenando en el comedor del «Sputnik».

—¿Tenía usted algún motivo especial para interesarse por ella?

Charlene se encogió de hombros.

—Oh, no... fue simple curiosidad. Tenía el porte de una reina y la prestancia de una emperatriz. Fabián, el «maître», me dijo que era la primera vez que la veía en Colombópolis.

Cairo volvió a tomar nuevamente la fotografía en la que, con toda nitidez, aparecía retratada la imagen de la bellísima desconocida, cuyas facciones tenían algo de fascinador y subyugante al mismo tiempo.

—Es extraño — murmuró—. Parece como si la conociera... pero al mismo tiempo estoy seguro de no haberla visto antes de ahora. ¿Por qué no se lo pregunta a Br'nath?

—Ya lo hice — contestó Charlene—. Ni él ni ninguno de los nativos la han visto jamás. Al menos, así lo aseguran.

—Entonces dicen la verdad — afirmó Cairo—. Los markhonianos tienen muchos defectos, pero nunca mienten.

Charlene guardó la fotografía.

—Bueno, en todo caso no fue más que un capricho. Posiblemente, no nos volveremos a ver más, de modo que...

Cairo afirmó, en tanto encendían un cigarrillo. Junto con Helen, muy atareada, al parecer, en llenar un diario con los incidentes de los últimos días, estaban sentados en la entrada de una de las tiendas, montadas, como el resto del campamento, en el claro de un espeso bosque de gigantescos helechos arborescentes. Los markhonianos estaban terminando de ultimar los detalles para pernoctar y las hogueras ponían una nota alegre de roja luz en la neblinosa noche del planeta.

Cerca de aquel lugar corría un pequeño arroyo, del cual se escapaban continuas volutas de humo. El agua procedía de una fuente caliente, no muy alejada del campamento, en la que y por turno, se habían bañado, al terminar la jornada, las mujeres y Cairo. El agua era potable y, para enfriarla y poder utilizarla para beber, Br'nath estaba poniendo en marcha el minúsculo generador de hielo, que serviría de paso también para refrescar las otras bebidas.

Hacía ya algunos días que habían despedido a los camiones que transportaran la impedimenta, la cual, ahora, convenientemente distribuida, con la pericia y la habilidad hija de la larga práctica, era llevada por Br'nath y los suyos. La caza menor abundaba en aquellos bosques, casi pantanosos, y esto les servía para ahorrar, en lo posible, las provisiones en conserva que Cairo había juzgado conveniente llevar para la expedición.

Hasta entonces no habían visto el menor rastro de las bestias que buscaban y Charlene así se lo hizo observar al joven.

—Es todavía pronto, señorita. Tenemos que recorrer varias jornadas antes de tropezamos con la primera de ellas.

—Estoy ya impaciente por tener una pieza delante de la mira de mi rifle — suspiró Charlene.

—Cosa lógica en todo cazador novato, y no se ofenda por ello, señorita — comentó Cairo—. Pero no se preocupe; ya tendrá ocasión de verlas y hasta de aburrirse de ellas.

—Es curioso — observó la muchacha—, que tales especies se conserven todavía en Markhon IV, Holt.

—¿Por qué no han de conservarse? — replicó él—. Tenga en cuenta que este planeta es idéntico en todo al nuestro. Markhon, ahora, está atravesando su Era Secundaria, al igual que el nuestro pasó la suya. Todos estos animales que ahora vemos, son idénticos en un todo a los que existieron en la Tierra hace millones de años. Han de pasar, pues, millones de años, antes de que estas especies se extingan, por la vía natural, desde luego, y por este motivo el

Gobierno limita tanto los permisos de caza. Recuerde lo que ocurrió con los bisontes, hace seis siglos, en Norteamérica: los insaciables cazadores estuvieron a punto de borrar tal especie animal, de la que existían, varios millones de ejemplares, en poquísimos años, menos de veinte. Sólo una política acertada, aunque fuera de última hora, consiguió salvar los últimos supervivientes y, encerrándolos en reservas, hacer que la especie se propagara de nuevo y se multiplicara hasta la normalidad. Y aún hoy, también la caza del bisonte está altamente restringida.

»Pero hay que tener en cuenta un detalle muy importante — prosiguió Cairo—: el ciclo reproductivo de una y otra especie. Aquí, en Markhon IV, es cierto, hay millones de grandes animales, pero ¿cuánto tiempo tardan en llegar a adultos desde su nacimiento? Compárelo con el que emplean los bisontes y convendrá conmigo en que, de no ser por los reglamentos, los grandes saurios, los mastodontes, los reptiles voladores, acosados por todas partes, estarían a punto de sucumbir en los cincuenta años escasos que hace se descubrió este planeta. Los geólogos han estudiado exhaustivamente todas las características de Markhon y han convenido en que es exactamente un duplicado de la Tierra, en cuanto a animales y vegetales de la Era Secundaria se refiere.

—Pero entonces no había aparecido el hombre todavía. Los primeros restos hallados son de la Era Cuaternaria — objetó Charlene—. No se ha hallado ningún hueso humano anterior a esa época.

—¿Quiere decir con ello que aquí hay seres humanos? Ya le he dicho que Markhon es idéntico a la Tierra en cuanto a animales y vegetales de la Era secundaria. Ahora bien, es preciso tener en cuenta, para explicar la existencia de Br'nath y los suyos, así como de los «bakhutshos», que la astronáutica no ha sido nunca una exclusiva de los terrestres. ¿Por qué, pues, otras razas de la Galaxia no pudieron llegar aquí y dejar algunos de sus descendientes? La pluralidad de los mundos habitados, de que tanto hablaba Flammarión, fue un hecho real apenas pudimos volar a las estrellas, señorita Sparlett.

Ella sonrió.

Siendo así, no puedo por menos que darme por convencida de sus explicaciones.

—Lo haré constar así en mi diario — dijo muy seriamente Helen.

Cairo volvió los ojos hacia la secretaria.

—¿De veras? — dijo, zumbón.

—Cuando hayamos regresado de la expedición, si antes los «bakhutshos» no se han hecho una estera con mi piel, «New-Life» pagará una suculenta cantidad de dinero por la exclusiva de publicación de mi diario de caza. Con fotografías — añadió Helen.

—Lo leeré con mucho gusto—dijo gravemente el cazador—. ¡Ah, aquí

está la cena!

* * *

Apenas hubo amanecido, se pusieron en marcha.

Era una larga columna la que formaban los cazadores y los porteadores, encabezada por Cairo y cerrada por Estem'm, como vigilante de la retaguardia. Hombre de confianza, Br'nath caminaba muy cerca de Cairo, en tanto que Zol-hoi y Koroiss iban por el centro, escrutando cuidadosamente los linderos de la senda por la que caminaban, y que a veces se borraba totalmente, invadida por la exuberante vegetación de la selva.

El calor era tremendo y todos sudaban copiosamente. Charlene había sugerido utilizar trajes aislantes, pero Cairo se había negado a ello, razonablemente, alegando que la comodidad podía ser un estorbo llegado el momento de correr, momento del que nadie podía verse libre en determinadas ocasiones. Un brusco ataque de un ceratosaurio, el cual se podía esquivar con relativa facilidad, saltando a los lados, podía ser fatal para una persona embarazada con el traje refrigerante que, si no estorbaba una marcha normal, sí, en cambio, impedía la fácil carrera que una simple camisa y unos livianos pantalones podían permitir impunemente.

Los insectos y mosquitos de todo género abundaban en la selva. Sin embargo, Cairo había tenido buen cuidado de hacer llevar gran cantidad de un líquido repelente, absolutamente inodoro e inofensivo para los humanos, pero que hacía huir a aquellos bichitos, evitando así sus desagradables ataques.

Mientras que caminaban, y sin dejar de avizorar a derecha e izquierda, el cerebro de Cairo no estaba en reposo. Cairo tenía mucho en qué pensar, todo ello girando en torno a Charlene y sus propósitos.

Hacía casi veinte años que el joven conocía la profesión, pues empezó a los doce, con su padre. Había visto y conocido muchos cazadores aficionados, ávidos de su trofeo correspondiente, y todos ellos se habían conformado, el que más, con dos o tres cabezas que, disecadas convenientemente, se habían llevado como ornato para sus mansiones de la Tierra,

Y ya era un buen peso que, como sobrecarga en las astronaves, debía de haberles costado una fortuna su transporte.

Otros se habían conformado con las fotografías, más económicas y que lo mismo daban fe de sus hazañas cinegéticas. Alguno, incluso, había llegado a contratar un «cameraman» profesional que les filmase el momento de la caza, pero nadie, hasta entonces, había pretendido llevarse, como Charlene, la pieza entera.

Es decir la cabeza y la piel, que luego disecadas y rellenas convenientemente, constituirían, a no dudarlo, un magnífico adorno para su casa terrestre. Cairo se dijo que la muchacha debía de andar muy sobrada de espacio para tener todos aquellos ejemplares en una forma que casi parecieran estar vivos y se estremeció al pensar en los metros cuadrados de terreno que podían ocupar un diplodocus, un dinosaurio, un plesiosaurio y un pteranodón, las piezas más características que solían, además del tricerátops y el tiranosaurio, matar los cazadores.

Pero esto, aun siendo relativamente importante, no lo era tanto como la insistencia de Charlene en cazar en los pantanos de Sierra Muerta. ¿Por qué allí precisamente, cuando la caza de los grandes dinosaurios abundaba tanto en cualquier otro lugar del planeta? ¿Por qué no le importaba desafiar los graves riesgos que suponía la travesía del territorio de los «bakhutshos»? ¿Cuál era el misterio que se encerraba en la extraña actitud de la muchacha?

Meneó la cabeza, sabiéndose incapaz de resolverlo. Su mano se crispó sobre la correa del no liviano pero poderoso rifle que llevaba pendiente del hombro y de un fuerte machetazo, cortó una inoportuna rama de helecho que le estorbaba el paso.

Cinco días más tarde, la distancia entre los troncos de los árboles empezó a aumentar, al mismo tiempo que la cálida neblina en que casi todo el tiempo había estado envuelta la selva, parecía aclararse un tanto. Estos síntomas dijeron a Cairo que estaban a punto ya de llegar a terreno despejado.

Acamparon al atardecer. Sobre una mesa, Cairo desplegó los mapas de la región y comenzó a estudiarlos detenidamente.

Charlene se le acercó, ahuecándose el pelo para que se le secase más pronto. La joven acababa de bañarse y tenía un aspecto encantador, sin ofrecer apenas muestras de fatiga. Por el contrario, Helen estaba sentada en una silla baja, metidos los doloridos pies en un cubo lleno de agua caliente con sales.

—¿Qué es lo que mira usted, Holt? — inquirió ella.

El dedo índice de Cairo señaló un punto en el mapa.

—Mañana, a estas horas, pernoctaremos en el borde de la selva. Antes, es probable que encontremos ya alguna pieza sobre la cual disparar, posiblemente algún megaterio, pues éstos son muy aficionados a las ramas tiernas de los árboles. No debemos excluir tampoco animales mayores, los cuales no suelen tener reglas muy fijas en su modo de vivir.

—No me interesan gran cosa los megaterios — dijo ella, despectivamente.

—Según se mire, claro está. Es una pieza que, como máximo, mide seis metros por dos y medio de alto, pero que Dios la libre a usted de un zarpazo de sus garras, pese a ser herbívoro por naturaleza. Una vez vi a un

markhoniano desventrado de un solo golpe y, créame, la cosa no tiene nada de agradable.

Charlene hizo una mueca.

—Un buen disparo a tiempo puede ser suficiente.

—Desde luego, si se dispone de ese tiempo. Pero no discutamos más sobre este asunto. Mire usted — dijo Cairo, señalando otro punto—: después del bosque viene una llanura bastante árida y muy irregular en su trazado. Aparentemente es muy llana, pero hay en ella más cañones y barrancos de los que fueran deseables, todos ellos surcados por rápidas corrientes de agua y con abundante vegetación en sus orillas. A partir de este momento, debemos esperar, en cualquier instante, la presencia de los grandes monstruos.

»La travesía de la llanura nos costará de siete a ocho jornadas, suponiendo que todo se desarrolle sin inconvenientes. Al final de ella, y después de cruzar el último barranco, nos adentramos ya en el país de les «bakhutshos». Éstos viven desde aquí a las primeras estribaciones de Sierra Muerta, aunque también se han hallado tribus independientes de la misma raza que hacen su vida al otro lado de las montañas. Y — añadió Cairo con un suspiro—, no vaya a creer por un momento que pasaremos desapercibidos.

—Pero nosotros vamos fuertemente armados, Holt — objetó ella.

—Eso es lo que me infunde cierta esperanza. Los «bakhutshos» conocen el poder de nuestro rifle y quizá por ello mismo se abstengan de molestarnos. De todas formas, tendremos que andar con cien ojos a partir de ahora y esta misma noche, previniendo posibles infiltraciones «bakhutshas», haré que se redoble la vigilancia.

—¿Cree usted que serían capaces de atacarnos ya aquí mismo?

Cairo sacudió la cabeza.

—No, pero siempre suelen tener espías avanzados por estos parajes. Es conveniente estar siempre prevenidos, créame, señorita Sparlett.

Charlene asintió.

—Tiene usted mucha razón —dijo, y luego hizo una pausa, estudiando detenidamente el mapa—: ¿Por dónde atravesaremos Sierra Muerta, Holt?

Cairo tenía un lápiz rojo en la mano y trazó con él una línea casi recta sobre el trozo del mapa que señalaba las montañas.

—Por aquí. Por Paso Cerrado. Es el camino más difícil, pero también el más corto.

Ella asintió.

—¿Por qué le dicen Paso Cerrado?

—Precisamente porque, aunque se ha observado minuciosamente desde el aire — sólo así se pudieron trazar los mapas—, nadie lo ha podido cruzar nunca a pie.

—Si lo llego a saber — dijo ella pensativamente—, hubiera adquirido unos helicópteros

—No se los hubieran vendido. Acaso, a base de mucho dinero, le hubieran alquilado uno o dos, pero hubiera sido insuficiente, a menos que usted deseara sólo una estancia de un par de días en los terrenos de caza.

—Eso no — dijo ella vivamente—. Quiero que sea una expedición completa, la mejor de todas las que se han hecho hasta ahora, si es posible.

«Quiere asombrar a sus amistades con sus proezas venatorias», pensó Cairo.

—Muy bien — dijo, empezando a plegar los mapas—; haremos porque así sea, señorita Sparlett.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Cairo hizo alto. Tenía frente a sí una especie de pequeño cañón, de escarpadas paredes, pero de poca profundidad, por cuyo fondo corría un arroyo de rápidas y espumeantes aguas, que producían un continuo bramido, aumentado por los muros del barranco. Cairo estudió el mejor sitio para emprender el descenso y cruzarlo, ya que no podía rodearse, por no verse su fin en un sentido y otro y, al fin, habiéndolo hallado, reanudó la marcha.

Pronto llegaron a la cañada.

Cuando estuvo en el fondo de la cañada decidió que aquél era el mejor sitio para efectuar la acampada. Levantó la mano derecha y su gesto fue suficiente para que Br’nath entendiera que los porteadores debían empezar a descargar los fardos y a disponerlo todo para pasar allí la noche.

Todos estaban bastante fatigados.

El lugar era relativamente seguro. Había árboles, agua y las paredes rocosas presentaban numerosas anfractuosidades en las que poderse guarecer caso de un imprevisto ataque por parte de lo mismo fieras que hombres. A su izquierda, el cañón doblaba en un ángulo bastante pronunciado y la pared de aquel lado avanzaba hacia el centro, como un promontorio rocoso en una costa escarpada, ocultando bastante la visión. En cambio, al lado opuesto, el trazado era sensiblemente recto y los dos bordes superiores parecían sendas líneas paralelas que se unían en un punto, allá en el horizonte.

El paisaje era muy agreste.

Charloteando alegremente, los porteadores, satisfechos por haberles llegado tanto la hora de la pitanza como del descanso, empezaron a disponerlo todo. Cairo relajó sus músculos y se dispuso a buscar un lugar apartado en el arroyo, donde poder darse un buen baño.

Una de las cosas que Cairo no hacía nunca, en el campo, era moverse un paso sin su rifle. Por ello se acercó, con el arma colgada del hombro, a la orilla del arroyo, observando la corriente especulativamente y preguntándose cuál sería el sitio mejor donde quitarse el polvo y el sudor acumulados durante el día.

Pero no tuvo tiempo de examinar nada. Casi en aquel instante se oyó un sonoro rugido, al que, como débiles ecos, acompañaban los gritos de unos seres humanos. Y uno de los gritos era de mujer.

¡Pero aquella voz no era la de Charlene ni la de Helen!

CAPÍTULO IV



L rugido se repitió, estruendoso, atronador, rebotando sus ecos por las paredes del barranco, al mismo tiempo que los gritos se repetían.

Instantáneamente, Cairo, con una experiencia de casi cuatro lustros, supo de qué garganta habían brotado aquellos atroces rugidos. Descolgarse el rifle, quitar el seguro y enviar una bala a la recámara, fueron tres movimientos casi simultáneos, apenas seguibles con la vista.

Lanzó una orden con poderosa voz:

—¡Br'nath, el rifle de repuesto!

El arma que Cairo llevaba era un «Coloso» calibre 1.100, con recámara para cuatro cartuchos, capaz de hacer volar en pedazos a un elefante africano. Pero para derribar aquellos animales antediluvianos se necesitaba algo más que un disparo y Cairo lo sabía de sobra.

Se originó una gran conmoción en el campamento. Los rugidos de la bestia, mezclados con los gritos humanos, indicaban que alguna persona había sido sorprendida y se hallaba en grave peligro.

Las piernas de Cairo, a grandes zancadas, recorrieron el lecho del barranco con grandísima rapidez El cazador sabía era seguido y en una ocasión que volvió un segundo la cabeza, pudo ver, aparte de Br'nath, Estem'm y alguno de sus compañeros, a Charlene y su secretaria, ambas llevando sendos objetos en la mano que no tuvo tiempo de distinguir.

Al doblar el promontorio, se detuvo. Su vista experimentada advirtió en un instante todo cuanto necesitaba saber. Y la escena que allí se estaba desarrollando ante sus ojos, no tenía nada de agradable para sus humanos protagonistas.

De éstos había uno en el suelo, reducido a una informe pulpa sangrienta por las pisadas de la bestia antediluviana. Otro desfallecía, en tanto que dos más trataban de defenderse del acoso de que eran objeto, utilizando unas armas tan anacrónicas como eran unos arcos y unas flechas.

La bestia era un ceratosaurio, animal de diez metros de altura, puesto en pie sobre sus enormes patas traseras, las cuales contrastaban notablemente con las delanteras, tan minúsculas que apenas si eran mayores que un brazo

humano. Pero Cairo sabía que en aquel pequeño par de patas había diez afiladísimas garras, capaces de rajar el vientre de una persona de arriba abajo, con un solo golpe.

La cola era enorme, de cinco o seis metros de longitud y le servía al ceratosaurio para apoyarse en ella cuando se ponía en pie. La cabeza, enorme, estaba dotada de una colosal bocaza, armada con un par de centenares de largos y agudísimos colmillos, y sobre la mandíbula superior tenía una prolongación córnea similar al asta de un rinoceronte terrestre. Los ojillos eran relativamente pequeños, en comparación con el tamaño del monstruo, y brillaban con una ferocidad y un odio inigualables.

A veinte metros de distancia, Cairo se echó el rifle a la cara, apuntando directamente al cráneo. Si metía una bala por la boca del ceratosaurio, tenía muchas posibilidades de abatirle de un solo golpe. A pesar de que el pesado rifle carecía en absoluto de retroceso, lo cual facilitaba muchísimo la tarea, plantó sólidamente las piernas en el suelo y movió el cañón hasta centrar la imagen deseada en el punto de mira.

Pero en aquel momento, un rápido cloqueo, procedente de los labios de Br'nath, le hizo volver la cara. Ésta se le coloreó inmediatamente.

Bajando el cañón del arma, saltó hacia adelante, golpeando con la mano izquierda la mano derecha de Charlene, quien no pudo evitar un agudo grito de dolor. El arma que la muchacha tenía cayó al suelo.

—¡Cógela, Br'nath!—gritó, apuntando de nuevo.

En aquel momento, otro de los atacados fue atrapado por las garras del monstruo. El desgraciado chilló y pataleó espantosamente, al sentir sus carnes desgarradas por la acerada dureza de aquellas uñas, pero todos sus gritos quedaron acallados instantáneamente cuando la feroz boca del ceratosaurio se cerró sobre su vientre. Un arroyo de sangre cayó instantáneamente al suelo cuando el desdichado fue, partido en dos con toda limpieza por la dentellada de la bestia.

En aquel momento resonó una estruendosa detonación. La pesada bala alcanzó al ceratosaurio justamente debajo del ojo izquierdo, estallando con sordo fragor y despidiendo en todas direcciones pedazos de hueso y masa encefálica. Alcanzado de lleno en el cerebro, el monstruo se desplomó como una masa.

Cairo corrió hacia el único superviviente que parecía estar ileso. Al llegar junto a él, se detuvo, totalmente estupefacto.

¡Era la mujer a quien Charlene fotografiara en el comedor del «Sputnik»!

Los cabellos de la joven parecían hebras de oro, refulgiendo esplendorosamente con los últimos resplandores del sol poniente. Sus ojos verdes emitieron un destello de interés al ver a Cairo, prestamente apagado.

—Gracias por haberme salvado la vida, caballero — dijo en un fluído inglés, y por si Cairo no lo había entendido, repitió la frase en dos o tres de los idiomas más hablados de la Tierra.

—No ha tenido nada de importancia, señorita. A fin de cuentas, éste es mi oficio.

Luego miró el teatro de la lucha, advirtiendo que uno de los heridos podía ser curado con relativa facilidad.

—¡Br'nath! — llamó, y éste junto con unos cuantos nativos más, se llevaron al lesionado al campamento.

La enorme cola de la bestia se alzó inesperadamente. Se mantuvo un instante en el aire y luego golpeó con terrible fuerza el suelo, haciéndolo temblar. El golpe se repitió dos o tres veces más, hasta cesar del todo.

La mujer lanzó un grito y, asustada, se refugió en brazos de Cairo.

Éste la tranquilizó.

—¿No tema usted, señorita — dijo—; el ceratosaurio está definitivamente muerto y esos movimientos son simples reflejos de sus centros nerviosos. Pero será mejor que venga con nosotros al campamento; allí la atenderán como corresponde.

Ella asintió, mirando de una manera muy extraña a Cairo, el cual no dejó de sentir un íntimo desasosiego al sentir en su rostro el influjo de aquellas felinas pupilas. Pero no dijo nada y continuó andando.

Al llegar al campamento, Helen le salió al paso.

—¡Una escena magnifica, señor Holt!—dijo entusiasmada, enseñando su cámara—. No me he perdido ni un solo movimiento de la bestia. Le aseguro que... ¿eh?

Helen se calló al reconocer a la muchacha que vieran noches antes en el hotel. Enormemente sorprendida, la secretaria iba a hacer alguna observación, cuando Charlene hizo su aparición de modo bien brusco por cierto.

—Escuche usted, Holt, ¿quiere explicarme por qué demonios hizo que ese puerco de Br'nath me desarmara de un golpe? Podía haber abatido el ceratosaurio mucho antes que usted, ¿sabe? Pero —agregó, mirando de arriba abajo a la bella desconocida, a la cual había recordado al instante—, ya sé lo que le indujo a obrar así; sin duda ha querido pasar delante de ella por un bizarro caballero, ¿no?

Los ojos de Cairo centellearon de ira.

—Escuche usted—dijo, conteniendo difícilmente la cólera—: ¿se dio cuenta de lo que pretendía hacer? ¿Ha leído siquiera el reglamento de caza?

—¡No! ¡Ni me hace falta! —gritó ella—. ¿Para qué, si no, le llevo a usted, pagándole a peso de oro o poco menos?

Aquellas palabras tuvieron la virtud de hacer sonreír a Cairo. Mientras Helen trataba de calmar a la airada muchacha y la otra sonreía fría y enigmáticamente, el cazador dijo:

—Tiene usted razón; por eso mismo hice que Br'nath tirara el arma al suelo: Está terminantemente prohibido disparar sobre las bestias de la Era Secundaria, ni ninguna otra, con pistola atómica. Yo hubiera perdido para «in aeternum» mi licencia de cazador y usted hubiera sido expulsada automáticamente de Markhon, sin que le hubieran valido para nada sus influencias ni su dinero.

El color huyó del rostro de Charlene.

—Pero... nadie se hubiera dado cuenta del disparo... — dijo, y Cairo se echó a reír.

—¿Que no? Cuando menos se lo espera uno, aparece el helicóptero del Servicio de Conservación de la Fauna y Flora Silvestres, y le aseguro que llevan buenos, magníficos detectores. El rastro de una explosión atómica, aunque sea tan diminuta como la de una pistola, persiste durante largos meses en el sitio en que se ha efectuado. Además, ¿qué hubiera usted ganado con ello? El ceratosaurio se habría volatilizado, desintegrado como si jamás hubiese existido... y, en cambio, ahí lo tiene usted; puede apuntarse su derribo en su propio palmarés.

Las razones de Cairo parecieron convencer a Charlene, la cual, sin embargo, no quería ser la última en decir la palabra final.

—Se lo regalo, gracias — dijo—. Yo sólo quiero llevarme las piezas que derribe por mí misma, aquellas que yo escoja.

—Mejor que mejor — repuso Cairo—. Y para lo sucesivo, tenga en cuenta que la pistola atómica queda decomisada, ¿sabe? Ahora —agregó—, pasemos a cumplir con nuestros deberes sociales.

Se volvió hacia la desconocida.

—Señorita — dijo—, tengo el gusto de presentarle a Charlene Sparlett y Helen Doyle. Yo soy Cairo Holt, cazador profesional y jefe de este «safari».

Las tres mujeres se contemplaron con innegable curiosidad, bastante hostil la de Charlene. Al fin, la desconocida dijo:

—Me llamo Ría Jonchi. Encantado, señor Holt. Encantada —dijo, inclinando levemente la cabeza en dirección a Charlene y su secretaria.

Helen rompió el hielo que parecía haberse formado después de la discusión entre Cairo y Charlene. Avanzó un par de pasos y tomó por el brazo

a Ría.

—Venga conmigo, querida. Tiene usted las ropas destrozadas y conviene que las renueve. Creo que en nuestro equipaje hallaremos algo que le guste.

—Es usted muy amable, señorita Doyle.

—Llámeme Helen, por favor; me agrada más este tratamiento.

Las dos mujeres se alejaren charlando amistosamente, en tanto que Cairo y Charlene quedaban en el mismo sitio, mirándose fijamente el uno al otro. Al fin, la muchacha salió de su quietud y, haciendo una mueca con los labios, dio media vuelta y se encaminó con rápidos pasos hacia su tienda.

Cairo la miró, sonriendo tranquilamente. Encendió un cigarrillo y luego llamó a un markhoniano.

—Cel-stii, busca a Br'nath.

—Sí, Cairo —dijo el nativo, y se alejó, trotando rápidamente.

Br'nath vino unos minutos más tarde. Cairo arrojó el cigarrillo al suelo, aplastándolo cuidadosamente con el tacón de la bota y luego preguntó;

—¿Cómo sigue el herido, Br'nath?

—No es nada de particular, Cairo. La bestia lo rozó ligeramente al pasar, empujándolo a un lado. Tuvo suerte; de otro modo, habría muerto aplastado. Podrá seguir con nosotros.

Cairo asintió.

—Está bien, Br'nath. Antes de marchar, asegúrate de que los muertos han sido enterrados. Ten todo listo para las seis en punto de la mañana.

—De acuerdo, Cairo.

A la hora de la cena, Br'nath dispuso un plato más en la mesa donde ordinariamente comían los terrestres. Ría se sentó a la izquierda de Cairo, que tenía al lado opuesto a Charlene, cuyo ceño no parecía haberse desarrugado y enfrente a Helen, la cual no dejaba de hablar con voluble locuacidad de todo y de todos.

—Perdieron sus armas y equipajes en un pantano cercano, ¿sabe usted, Cairo? — decía la secretaria—. Menos mal que los hombres que acompañaban a la pobrecita Ría eran activos e industriosos y consiguieron fabricarse esos arcos y flechas.

—Una buena idea, evidentemente — aprobó Cairo, llevándose a la boca una suculenta tajada de carne—. Pero también unas armas inadecuadas para luchar con unas fieras como las que suelen abundar por estos contornos.

—Las construimos para procurarnos comida — dijo Ría—. Harto

sabíamos que los arcos y las flechas de poco podrían servirnos, como, en efecto, así fue, en un encuentro con un animal del tamaño del ceratosaurio que usted mató tan oportunamente.

—Cuestión de suerte y un poco de puntería, señorita Jonchi — comentó tranquilamente el cazador, sin dejar de observar disimuladamente a Charlene, la cual estaba cenando como si todo aquello no se relacionase con ella—. Pero me permitirá que haga una observación, ¿verdad, señorita Jonchi?

—Por supuesto — accedió ella—. ¿De qué se trata?

—Cuando la vi a usted, había tres hombres, dos de los cuales han muerto. ¿Los cuatro pensaban continuar por su cuenta la expedición?

Los verdes ojos de Ría se clavaron enigmáticamente en el rostro de Cairo.

—Sin duda se está refiriendo usted a nuestros porteadores, ¿verdad? — y ante el asentimiento del joven, prosiguió—: Cuando nos dimos de bruces con el pantano y perdimos la mayor parte del equipaje, además de media docena de markhonianos, el resto huyó cobardemente, dejándonos abandonados a nuestra suerte. Después, nos perdimos y...

Cairo dejó que Koroiss le retirase el plato vacío. Después dijo:

—No sé qué resolución adoptar con usted y su compañero, señorita Jonchi. Es cierto que soy el jefe del «safari», pero estoy a las órdenes de la señorita Sparlett.

—No pienso volverme atrás — dijo la mencionada, con tono hostil—. Quiero cazar al otro lado de Sierra Muerta y lo haré.

Hubo un segundo de tensión.

—Entonces — dijo Ría, sonriendo con irónica afabilidad—, no me queda otro remedio que acogerme a su cariñosa hospitalidad, señorita Sparlett. Le aseguro que siempre conservaré un buen recuerdo de tan gentil anfitriona.

—Déle las gracias a las circunstancias y no a mí, señorita Jonchi. No me queda otro remedio que llevarla con nosotros, pero puede estar segura de que si tuviera ocasión, la devolvería a Colombópolis inmediatamente.

—Muy amable, señorita, muy amable — repitió Ría, sin dejar de sonreír. Cairo miró con aire cómplice a Helen y obligó a ésta a meter la cabeza en el plato para no soltar la carcajada. Ría continuó—: He oído hablar mucho de los pantanos de Sierra Muerta y puedo asegurarle que será una experiencia inolvidable para usted la travesía del país de los «bakhutshos».

—Por eso vine aquí — dijo secamente Charlene, la cual, en el acto, miró a su secretaria—. Helen, tú te ocuparás del acomodo de la señorita Jonchi. Procura que no le falte nada.

Helen asintió:

—Por supuesto, querida — dijo la secretaria, viendo impasible cómo Charlene se ponía en pie y se alejaba, sin terminar la cena, después de una seca inclinación de cabeza—: ¿Qué mosca le había picado a esta criatura? — observó cuando estuvo segura de no ser oída.

—Yo se lo diría a usted — respondió Cairo—, pero me temo considerase mis comentarios demasiado ácidos.

—Se ve que le sobra el dinero por todos los poros de su cuerpo, ¿eh?— exclamó Ría—. No es la primera mujer que veo con el mismo genio que la señorita Sparlett; todas son lo mismo, hastiadas y aburridas de no saber qué hacer con los millones que otros supieron ganar para que ellas los derrochasen de mala manera.

—¿Y usted no, señorita Jonchi?

La repentina pregunta de Cairo cogió desprevenida a Ría, cuyo rostro, por un momento, se coloreó intensamente.

Explicó:

—Yo... el dinero que he gastado no es mío. Per... pertenece a una nueva revista... «Rifles y Estrellas», eso es; y tengo el encargo de realizar un reportaje...

Cairo exclamó:

—Ah, ya entiendo. Periodista, ¿no?

Ría asintió, visiblemente aliviada.

—Así es, señor Holt.

Después, la conversación derivó por otros derroteros, entre los cuales no faltaron los adecuados comentarios a los incidentes ocurridos pocas horas antes. Al terminarse la charla por extinción natural, Cairo se dirigió a su tienda.

Desvistióse y se acostó en el lecho, cruzando las manos detrás de la nuca. Se sentía feliz en los espacios descubiertos. Toda su vida había transcurrido en los inacabables terrenos de caza que eran las selvas, llanuras y montañas de Markhon IV y no concebía que hubiera quien pudiera llevar otro género de existencia.

En cierta ocasión, durante uno de sus dos o tres viajes a la Tierra, alguien le había invitado a una cacería en África. La había encontrado insípida, carente de emociones, pese a que una acometida de un rinoceronte furioso, armado con aquellos rifles tan diminutos, en comparación con su «Coloso» 1.100, podía reducir a un hombre al estado de oblea en cuestión de segundos. Pero él, aun siendo hijo, nieto y bisnieto de terrestres, se sentía markhoniano puro, tan indígena o más que Br'nath o cualquiera de los secuaces de su fiel

amigo.

Era un sentimiento innato en él.

Después, su pensamiento se concentró en el inesperado encuentro con Ría Jonchi. Pero el sueño fue más poderoso que él y cerró rápidamente sus párpados.

En seguida se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando estaba verificando sus primeras abluciones fuera de la tienda, en una pequeña palangana, con el musculoso torso al aire, Br'nath se le acercó con aire preocupado.

Cairo le preguntó, sonriente:

—¿Qué te ocurre, oh, hijo de un plesiosaurio y un pteranodón?

Cualquiera que hubiera increpado a Br'nath de aquella manera hubiera muerto en el acto. Pero entre el nativo y Cairo aquellos insultos eran frases de afectuosa amistad.

—Mucho, Cairo. Mucho y, a mi entender, bastante grave.

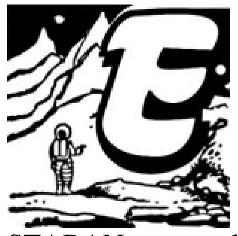
—Vamos, dispara ya; tú no eres hombre que guste andar con rodeos. ¿Qué diablos ocurre ahora?

—El fulano que acompañaba a la señorita Jonchi ha desaparecido, Cairo.

El joven arqueó las cejas. Evidentemente, era una sorpresa la noticia. Pero Br'nath tenía más guardadas en reserva.

—Y los cadáveres de los dos muertos, han desaparecido. Naturalmente —agregó, mordiéndose pensativo los labios—, no los hemos podido enterrar.

CAPÍTULO V



STABAN ya en la frontera del territorio «bakhutsho». Se habían visto obligados a descender al fondo del último barranco, para salir del cual deberían recorrer el lecho, en pronunciada pendiente y afortunadamente enjuto, de un cañadón transversal que les llevaría al nivel de la fértil llanura, a cuyo término se alzaban las primeras escarpas de Sierra Muerta.

El «safari» caminaba a buen paso. Una vez hubieran salido del angosto barranco, harían alto durante dos días enteros, con el fin de descansar y recuperar fuerzas para la última y más difícil etapa de la expedición. La perspectiva era del agrado general, pero sobre todo de los markhonianos, cuyo cloqueante parloteo no cesaba un momento.

Como de costumbre, Cairo iba en cabeza, el rifle prevenido, pues no ignoraba estaban ya en los linderos del territorio que bien podía considerarse como enemigo. Anteriormente ya se habían tomado precauciones, pero a partir de aquellos momentos, todas serían pocas.

Mientras caminaba, el cerebro de Cairo no dejaba de reflexionar sobre el extraño hecho de la desaparición de los compañeros —el vivo y los muertos —, de Ría. La muchacha también se había asombrado no poco al conocer la noticia, pero no había sabido dar una explicación lógica a tal incidente. Y Cairo tampoco, por más que había pensado en ello con muchísima frecuencia.

Notó que alguien se ponía a su lado. Volvió el rostro y sonrió.

—¿Le molesta que vaya con usted, Holt?—dijo Charlene.

—Oh, no, de ninguna manera. Al contrario, me siento encantado de...

Ella le interrumpió:

—Temo no haberme portado muy bien con usted en los últimos días, Holt. ¿Podría usted excusarme...?

—Diremos que han sido sus nervios — sonrió él, dejando brillar la blancura de sus dientes a través de la atezada piel de su rostro—, No tiene importancia alguna, créame.

—En cambio... la presencia de esa Jonchi — dijo ella, alargando los labios—, me disgusta bastante.

—¿Por qué? Una periodista en una expedición no está de más, ¿verdad? Y de usted sé que está acostumbrada a tal plaga moderna, señorita Sparlett.

—Llámeme Charlene, Cairo — dijo ella—. Pues sí; de no haber sido por un sentimiento de humanidad, la hubiera despedido con mucho gusto por mi parte.

—¿Considera a Helen como cronista suficiente de este «safari»?

—Pues... sí — dijo ella—. ¿Para qué más relatos sobre este «safari»?

Cairo miró especulativamente a la muchacha. Sabiendo sus antecedentes, encontraba raro que la disgustase la presencia de Ría Jonchi, cuando, de haber podido disponer de ellos, se hubiera traído media docena de periodistas y fotógrafos más. Charlene era una de las acaparadoras de las portadas de revistas de sociedad y de chismes mundanos y el joven no comprendía cómo podía disgustarle la compañía de una persona que podía aumentar más, si ello era realmente posible, su fama.

—Cada uno es como es — sentenció filosóficamente, sin atreverse a profundizar más—. A fin de cuentas, material y armamento hay de sobra, de modo que por este lado debemos desechar nuestras preocupaciones.

—Sí — suspiró ella—; es cierto.

Luego cambió de tema.

—Aquel brontosaurio que derribé era realmente una pieza magnífica — dijo.

—Un trofeo como pocos, Charlene. Veintitrés metros de la cabeza a la cola y cuarenta toneladas de peso, son marcas que muy pocos han alcanzado.

—Causará sensación cuando lo sitúe, disecado, en el jardín de casa — dijo ella, gozando por anticipado de la admiración de que iba a ser objeto por parta de sus amistades.

Cairo pensó en la fabulosa suma que iba a costar el transporte del trofeo hasta la Tierra y se dijo que con ella podría él vivir descansado durante el resto de sus días. Pero se abstuvo de manifestar su opinión y así siguió caminando, charlando sobre el mismo tema con la muchacha.

Poco faltaba ya para llegar a la llanura. Las paredes de la barrancada se iban ensanchando paulatinamente y a lo lejos se divisaban ya algunas manchas verdes que indicaban la presencia de árboles.

De pronto, alguien lanzó un aullido.

El grito repercutió sonoramente por todos los muros del cañón. Cairo giró sobre sus talones en el acto.

Varios porteadores echaban a correr en distintas direcciones,

abandonando los bultos para poder hacerlo con mayor rapidez. Por un instante, Cairo se preguntó qué era lo que podía hacerlos obrar de aquella manera, pero en aquel momento, alguien le empujó fuertemente.

—¡Corra, dése prisa, no hay tiempo que perder!

Por encima de sus cabezas se oyó un siniestro crujido. Cairo advirtió vagamente que era Ría la causante de aquel empujón. Pero, curioso a pesar de todo, levantó la vista.

Al instante se le heló la sangre en las venas. Sobre el borde del rocoso muro, había una colosal piedra, mantenida durante, siglos en inestable equilibrio, el cual estaba perdiendo ahora. Alguien, a no dudarlo, la estaba empujando con ánimo de hacerla caer sobre los componentes del «safari».

La distancia del suelo al borde era de más de veinticinco metros y la roca pesaba varias toneladas. Vaciló unos segundos todavía y luego, con un obscuro y atronador silbido, se desplomó en el vacío.

Cairo saltó a un lado, tratando de esquivar el enorme proyectil, cuyo tamaño aumentó de manera rapidísima. El suelo tembló al recibir el fenomenal impacto y un terrible alarido hendió la atmósfera.

Uno de los markhonianos había sido alcanzado por uno de los trozos en que el colosal pedrusco se había fragmentado al chocar contra el fondo del arroyo. La roca, disparada con fulmínea velocidad, lo alcanzó plenamente, llevándoselo por delante y aplastándolo contra el muro frontero de la cañada.

Al mismo tiempo, Cairo sentía un lancinante dolor en la cabeza. Por su primer impulso continuó corriendo unos cuantos pasos, pero de pronto le falló el suelo.

* * *

Se despertó con un terrible dolor, que le martilleaba implacablemente las sienes. Por un momento le pareció que el cielo y la tierra se confundían, pero, haciendo un esfuerzo, consiguió centrar su visión.

Advirtió que estaba tendido sobre el césped, encima de una fina manta, reclinada su cabeza sobre una almohada neumática. Alguien le acercó un vaso a los labios y Cairo bebió largamente, sintiendo un infinito alivio unos momentos después.

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó con voz débil.

—Una esquirla de piedra le rozó la sien — dijo Charlene, sentada sobre sus propias piernas, a su lado—. Estuvo en un tris de no romperte los huesos.

Cairo se tocó la frente, encontrándosela vendada. Sonrió.

—Bueno, en medio de todo, no puedo quejarme. ¿Y qué más ocurrió cuando hube perdido el conocimiento?

Los labios de Charlene se atensaron.

—Derribé un «bakhutsho», que se estrelló contra las rocas del fondo. Br'nath mató a otro, pero la piedra, al romperse en varios pedazos, nos mató a dos de los nuestros. Una verdadera lástima, como puede ver.

Cairo asintió pensativamente.

—Este ha sido su primer aviso. Si tuviéramos un gramo de sensatez, daríamos media vuelta inmediatamente y regresaríamos a Colombópolis a marchas forzadas.

Charlene hizo un gesto de desagrado.

—No debemos soñar con ello tan siguiera, Holt. Estoy decidida a cazar en los pantanos del otro lado... ¡y cazaré! Además — añadió—, si a esos salvajes les damos una buena lección, no se atreverán a atacarnos de nuevo.

—Se ve que usted no conoce a los «bakhutshos», señorita Sparlett.

—No serán mejores ni peores que otros salvajes que, en distintas épocas, habitaron nuestra Tierra, Holt. Déme usted mi pistola atómica y verá cómo después del segundo disparo no vuelven a acercársenos.

Cairo sacudió la cabeza, lo cual, ejecutado instintivamente, le provocó un gemido de dolor. Después, rehaciéndose, dijo:

—Ni soñarlo tan siquiera, señorita. Soy un hombre que vive de su oficio y no tengo ganas de hacer cola en la oficina de empleos. Si es necesario utilizar dicha pistola, lo haré yo y en el momento que juzgue necesario, no antes ni nadie que no sea yo mismo en persona, ¿me entiende?

—Teóricamente sí, Holt; pero sigo insistiendo en que comete un error.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, la responsabilidad, al fin y al cabo, es mía, ¿no? A propósito, no le he preguntado nunca por qué quiere cazar en los pantanos, señorita Sparlett.

La pregunta, hecha deliberadamente de improviso, cogió desprevenida a la muchacha, la cual enrojeció, turbándose. Bajó unos instantes la vista y luego respondió:

—Un capricho lo puedo tener cualquiera, ¿no?

—En todo caso, es un capricho que ya ha costado la vida a uno de nuestros porteadores — dijo él severamente.

—Haré que su familia reciba una indemnización tal que no vuelvan a pasar preocupaciones durante el resto de sus días.

—No se trata de eso, sino de que ya no se puede resucitar al muerto... esto sin contar con los que todavía pueden morir.

—Hay un seguro contra accidentes, ¿verdad? No se emprende una expedición sin haber sido debidamente aseguradas todos sus componentes contra cualquier clase de accidentes, incluso la pérdida de la vida. Además, yo añadiré...

—En los «safaris» ordinarios, por regla general, no hay pérdidas de vidas humanas, a poco cuidado que se tenga, señorita Sparlett.

Ella volvió a arrugar el ceño.

—Mire usted, Holt, si no le conviene el contrato, dígamelo. Dejaré que unos cuantos de sus markhonianos le acompañen de vuelta. El resto vendrá conmigo, se lo aseguro yo.

—No sabe lo que se dice... pero mi obligación es continuar adelante —contestó Cairo—. Si yo ahora retrocediera, me expulsarían de la Asociación de Cazadores Profesionales...

—¡Ah! Luego entonces no sigue adelante por convicción, sino por el temor a perder su licencia — dijo ella ácidamente.

Olvidándose de sus dolores, Cairo se sentó en el suelo.

—Dejémoslo ya, ¿quiere? Estamos empeñados en una discusión absurda y completamente inútil. Usted cazará en sus pantanos y yo, lo quiera o no, seré el guía y el jefe del «safari», ¿estamos?

Charlene se puso en pie, sonriendo de una manera singular.

—Me gusta más así... Cairo — dijo, y se alejó, cimbreando el talle.

El cazador la estuvo contemplando hasta que desapareció en su tienda; luego, lanzando un suspiro, se tendió de nuevo en la manta y volvió el rostro.

A lo lejos, casi confundidas con el horizonte, se veían las nevadas cumbres de Sierra Muerta. La extraordinaria limpidez de la atmósfera, una vez dejada atrás la selva de helechos, hacía parecer las montañas más cerca de lo que en realidad se hallaban. Ciertamente, se necesitarían aún de cuatro a cinco jornadas más para llegar a sus primeras estribaciones, al pie de los farallones donde empezaba el Paso Cerrado, único lugar por donde podía atravesarse la cordillera para llegar al otro lado, cuya travesía, contando con que se realizase sin incidentes, les costaría de siete a ocho días más. En total, dos semanas habrían de transcurrir antes de que pudiesen situar definitivamente el campamento de caza... con permiso de los «bakhutshos», en cuyo territorio acababan de entrar.

En cuanto al campamento actual, estaba situado en la falda de una roma colina, abundantemente cubierta de vegetación, a ambos lados de una

caudalosa fuente que garantizaba el suministro de agua potable durante los dos días que iban a estar allí descansando. Las rocas abundaban y esto permitía un moderado optimismo en cuanto a posibilidades de defensa contra un ataque imprevisto se refería.

Sintió pasos muy cerca de él y giró la cabeza. Ría Jonchi, vestida con una camisa caqui y unos pantalones largos, se le acercaba, sonriéndole afectuosamente. Los dorados cabellos de la joven estaban sujetos con una cinta azul, lo cual, aparte de aumentar su ya considerable atractivo, la hacía parecer más joven de lo que en realidad era.

—¿Cómo se encuentra, Cairo? — preguntó.

—Mucho mejor gracias, señorita Jonchi.

Ella se sentó en el suelo, a su lado.

—Fue un momento desagradable, cuando le recogimos, Cairo — dijo—. Diciendo la verdad, creímos que esos salvajes le habían matado.

—Tengo los huesos duros — sonrió él—. Pero, desde luego, la cosa estuvo un poco fea.

Ría asintió, suspirando.

—En efecto. Menos mal que unos cuantos disparos, hechos certeramente, fueron suficientes para ahuyentarlos. Espero que los «bakhutshos» se hayan dado cuenta de que somos un hueso difícil de roer.

—No lo crea, señorita Jonchi. Volverán a la carga una y otra vez, sin importarles las bajas que puedan sufrir.

—¿Y por qué han de insistir tanto?

—En primer lugar, para tratar de hacernos dar media vuelta. Y en segundo... bien — añadió el joven, tras corta vacilación—, esta ya no se lo puedo decir.

—¿Por qué?

—No lo sé. Todo aquel que franqueó los límites del territorio «bakhutsho» y no retrocedió, desapareció tan misteriosamente como si jamás hubiera existido.

Ría frunció el ceño.

—¿Va a decirme que son caníbales esos salvajes, Cairo?

—No podría asegurarlo, aunque, claro está, tampoco puedo afirmar lo contrario. Lo que sí sé, positivamente, es que poseen un espíritu de independencia tan acusado que les hace rechazar todo contacto con el mundo exterior civilizado.

»En alguna ocasión ha podido cogerse prisionero a alguno de ellos. Se le ha retenido, esperando hacerle hablar, que revelara los misterios de su tribu, los motivos por los cuales no quieren relacionarse con nadie más que con ellos, su forma de gobierno, las particularidades de su reina Shaina, en fin, todos los datos que pudieran conducir a una mejor manera de comprenderlos, con el objeto de entablar relaciones amistosas con ellos, pero todo ha sido inútil. Aquel prisionero que no logró hallar una manera u otra de suicidarse, rápida y pronta, se dejó morir de hambre y sed antes que hablar.

Ría se estremeció.

—¡Qué barbaridad!—comentó, y luego dijo—: Habló usted de una reina. ¿Es que unos hombres tan altivos e independientes se dejan gobernar por una mujer?

—Eso es lo que dicen... las leyendas. Y añaden, además, que es muy vieja, tanto que no se sabe, en realidad, el tiempo que hace que nació.

Ría sonrió.

—Un bonito tema para mis artículos — observó la muchacha.

Cairo permaneció serio.

—Si los «bakhutshos» la hacen prisionera, se olvidará bien pronto de su apreciada revista, señorita Jonchi.

—Espero que usted, con su probada habilidad — dijo ella, envolviéndole en una brillante sonrisa—, sepa salvarnos de los peligros que nos acechan. Peligros que, según creo, podrían ser evitados, si la señorita Sparlett no estuviera tan empeñada en cazar al otro lado de Sierra Muerta. ¿Por qué ese empeño, Cairo?

—Lo ignoro, señorita Jonchi. Pero, a mi vez, ¿podría hacerle yo una pregunta?

Ella le miró fijamente un segundo; después, asintió con la cabeza.

—Su acompañante, el que se salvó del ataque del ceratosaurio, desapareció a la mañana siguiente del suceso. Y todavía hay más: los cadáveres de los muertos no pudieron ser sepultados porque también habían desaparecido. ¿Podría usted darme una explicación lógica a este pequeño embrollo, señorita Jonchi?

El rostro de Ría no se inmutó. Dijo:

—Mi compañero sufrió bastante cuando atravesamos los pantanos y estuvimos a punto de perecer. Supongo que debió desquiciársele el cerebro y huir sin saber dónde. Lo habrá atacado una fiera y sin armas, con las manos desnudas, puede usted mismo figurarse el fin que habrá tenido.

Cairo volvió a preguntar:

—Sí, pero ¿y los otros?

—Se los comería alguna bestia devoradora de carroñas, Cairo — dijo ella sin pestañear.

—No hay ningún animal necrófago que no deje algún rastro de su desagradable banquete, Ría — objetó Cairo.

La muchacha alzó los hombros.

Dijo al fin:

—Lo siento, Cairo, pero no hallo otra explicación. A no ser que pasara por allí una patrulla de «bakhutshos» y se llevaran sus cadáveres para ostentarlos como trofeos delante de sus cuevas. ¿No le parece que bien pudo haber sido así?

—Posiblemente — murmuró él, no muy convencido.

Luego, la conversación derivó hacia otros derroteros menos espinosos.

Cuarenta y ocho horas más tarde, la larga columna de porteadores estaba dispuesta para reanudar la marcha. Cairo ya se había restablecido por completo y sólo una cruz de tafetán señalaba en su sien el lugar donde había sido herido por el pedrusco.

A punto de emprender la marcha, se le acercó Br'nath, con el rostro grave y preocupado.

Holt le preguntó qué ocurría.

—Cairo — dijo en voz baja, de modo que sólo él pudiera oírlo—, la pistola atómica ha desaparecido.

CAPÍTULO VI



L estegosaurio salió caminando pesadamente fuera del charco fangoso en el cual acababa de bañarse, despidiendo agua y barro por todas las regiones de su rugosa piel, y al ver a aquellos minúsculos seres bípedos delante de él, abrió su bocaza, lanzándolas un ronco bramido de desafío.

La bestia mediría más de siete metros de longitud por casi tres de altura. Parecía un colosal lagarto, deformado por el gigantismo, con una doble hilera de placas óseas, triangulares, a lo largo de todo su lomo, que en la cola se transformaban en ocho o diez astas rectas, puntiagudas, de casi un metro de longitud. El animal comprendió instintivamente que se hallaba en presencia de un enemigo y bajó la cabeza, arrojando chispas por los minúsculos ojillos, henchidos de una expresión de incontenible maldad.

A veinte metros de distancia, Charlene fijó la cabeza del monstruo en el centro de la retícula de su visor de puntería. Aguardó un instante y en el preciso momento en que el estegosaurio volvía a abrir la boca para lanzar un segundo rugido, apretó el gatillo.

La pesada bala penetró hasta el fondo de la garganta, estallando en el interior de las fauces del animal. Éste se desplomó en el suelo, rugiendo espantosamente, al mismo tiempo que su cola golpeaba fuertemente el suelo, arrojando caños de sangre por la boca. Luego volvió a incorporarse, y en aquel momento, un segundo proyectil le penetró por bajo de la paletilla izquierda, fulminándolo instantáneamente.

Dos o tres veces más volvió la bestia a agitar la cola y al fin se quedó inmóvil, arrojando ríos de sangre por la herida. Cuando hubo muerto, los «¡uhús!» de los porteadores atronaron el aire, en señal de alegría.

—Buen tiro — elogió Cairo, quien, durante todo el tiempo, había permanecido junto a la muchacha, con el rifle presto a intervenir en el posible caso de que los nervios la hubiesen traicionado, debilitándole la puntería.

Pero Charlene se había portado serenamente, con la calma de un cazador profesional, y su mano no había temblado lo más mínimo al enfrentarse con el saurio. A su lado, Helen empezó a dar vuelta a la llave de la cámara cinematográfica con la cual había estado filmando la escena.

—Querida — dijo—, ha sido estupendo. Desde luego, no creo que haya

habido ningún «safari» tan magnífico como el tuyo, ¿no es así, Cairo?

El cazador asintió, en tanto tomaba la cinta métrica que le alargaba Br'nath.

—No está mal del todo — comentó pausadamente, y luego se alejó hacia la bestia caída al borde del charco.

Acamparon en aquel mismo sitio. Preparar el trofeo costaba bastante y Cairo le gustaba hacer las cosas a conciencia. Debía dejar la piel y la cabeza del animal en las suficientes buenas condiciones para que resistieran el tiempo suficiente hasta que un helicóptero de transporte pesado viniera a buscarlo y se los llevase al disecador de Colombópolis Éste efectuaría aún una serie más de operaciones, pero el montaje definitivo se haría en la Tierra; no había nave capaz de contener una docena de aquellas bestias con el aspecto que habían tenido en vida y, se quisiera o no, había que llevar las pieles todo lo recogidas y plegadas que fuera factible.

Ayudado por unos cuantos markhonianos expertos en el arte de desollar saurios gigantes, Cairo trabajó denodadamente durante todo el día. Naturalmente, la labor se simplificaba bastante con las máquinas de que disponían, mas a pesar de todo ello, la tarea no tenía nada de agradable.

Equipado solamente con un pantalón corto, Cairo estaba tratando de separar los tegumentos de la pata posterior izquierda, con el cuchillo eléctrico, cuando sintió una voz muy cerca de él.

—¡Hola! ¿Qué tal va eso?

El cazador alzó la cabeza. Su rostro era una máscara de sangre y grasa del animal muerto, la cual le corría en espesos arroyos a todo lo largo del cuerpo, infundiéndole un aspecto verdaderamente repelente.

—Tratando de ganarme la vida, señorita Jonchi — sonrió Cairo.

—Un trabajo repugnante, ¿eh, Cairo? Seguro que si lo tuviera que hacer esa remilgada de Charlene Sparlett, no se hubiera movido de la Tierra para venir a cazar dinosaurios en Markhon IV.

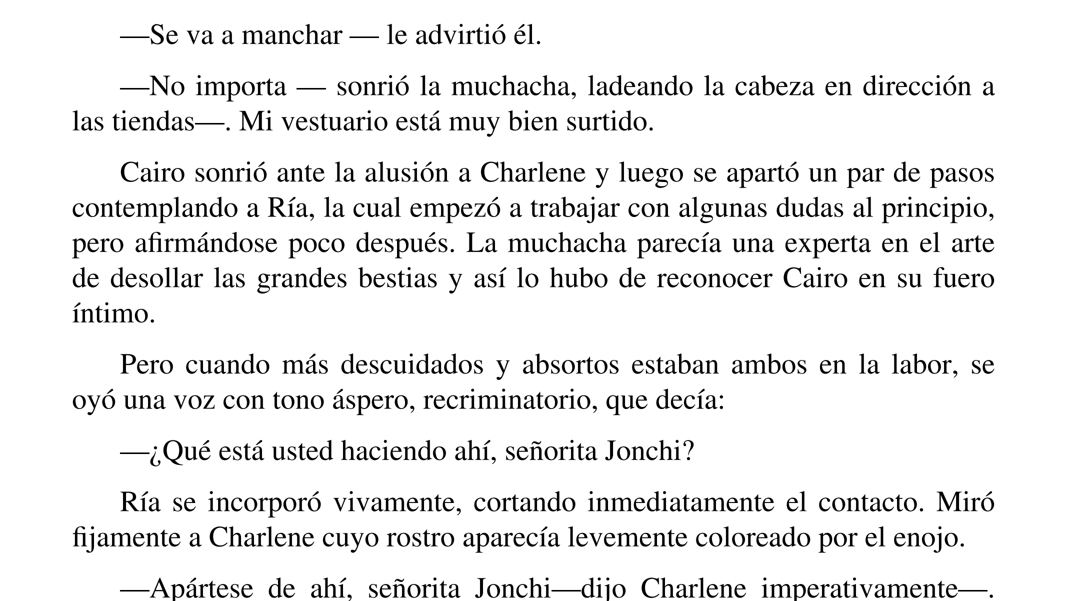
Cairo empujó el cuchillo, arrojando luego a un lado una larga placa de durísima piel. Después levantó un instante la vista.

—¿Y usted? ¿Se sentiría con fuerzas para hacerlo, señorita Jonchi?

—¿Por qué no, Cairo? Déjeme probar y se lo demostraré.

Una chispa de burla apareció en los ojos del cazador. Su dedo pulgar oprimió el botón de contacto y al instante cesó el zumbido de la maquinita.

—Muy bien — accedió, irónico—; aquí tiene usted su cuchillo. Veamos qué es capaz de hacer, puesto que tanto presume de ello.



Ría tomó el artefacto con firme seguridad.

—Se va a manchar — le advirtió él.

—No importa — sonrió la muchacha, ladeando la cabeza en dirección a las tiendas—. Mi vestuario está muy bien surtido.

Cairo sonrió ante la alusión a Charlene y luego se apartó un par de pasos contemplando a Ría, la cual empezó a trabajar con algunas dudas al principio, pero afirmándose poco después. La muchacha parecía una experta en el arte de desollar las grandes bestias y así lo hubo de reconocer Cairo en su fuero íntimo.

Pero cuando más descuidados y absortos estaban ambos en la labor, se oyó una voz con tono áspero, recriminatorio, que decía:

—¿Qué está usted haciendo ahí, señorita Jonchi?

Ría se incorporó vivamente, cortando inmediatamente el contacto. Miró fijamente a Charlene cuyo rostro aparecía levemente coloreado por el enojo.

—Apártese de ahí, señorita Jonchi—dijo Charlene imperativamente—. No es a usted a quien pago, sino al señor Holt. Éste es un experto y usted no, ¿me comprende?

Ría devolvió el cuchillo eléctrico a Cairo, en silencio. El cazador trató de intervenir.

—Por favor, señorita Sparlett; se trataba solamente de una pequeña apuesta...

—No con las pieles de los animales que derribe yo, ¿me entienden? Si la señorita Jonchi quiere tener sus trofeos, déjele usted su propio rifle, Holt; pero no quiero que ella me eche a perder la piel de un animal que he cazado yo misma.

—No se ha estropeado nada, se lo aseguro, señorita Sparlett.

—Es lo mismo. Ese estegosaurio es mío y no quiero que ella lo toque para nada.

Desde lo alto del animal, ya casi desollado, Ría saltó al suelo. Miró un instante a Charlene y luego a Cairo, dejando que poco a poco fuera apareciendo una burlona sonrisa en sus labios rojos.

—Cuando haya terminado de quitarle la piel, échelo al puchero, Cairo; quizá ella quiera tomarse un cubo de sopa de estegosaurio — dijo, y luego, sin volver el rostro, se alejó, caminando muy erguida hacia el campamento.

Una chispa de cólera apareció en las pupilas de Charlene. Cairo avanzó un par de pasos hacia ella, pero la joven le rechazó bruscamente.

—¡No me toque; me va a manchar, Holt!

El cazador frunció el entrecejo.

Dijo secamente:

—Escuche usted, señorita Sparlett; me está hartando ya con sus desplantes, ¿me comprende? Si yo le dije que la señorita Jonchi no le había estropeado para nada su preciosa piel, debe creerme, pues no dije otra cosa que la verdad.

—Me es igual; yo lo que quiero es que ella no toque nada de lo que es mío — dijo ella, testaruda.

—¿Tampoco, entonces, las ropas que lleva puestas?

Aquella frase tuvo la virtud de encolerizar más todavía a Charlene.

—Si se sigue portando de manera tan descortés, me veré obligada a despedirle, Holt. Otro incidente como el de ahora y...

—Si me despide, me iré, pero usted se quedará sola.

—Los porteadores vendrán conmigo.

—Pruébelo usted. Pruébelo y le aseguro que no se quedará ni uno solo para llevarle el lápiz labial. Si han consentido en atravesar el territorio «bakhutsho» ha sido gracias a mí; no pensando en la recompensa que usted haya podido ofrecerles, señorita Sparlett. Sépalo de una vez: Br'nath y los suyos me obedecen a mí y sólo a mí, exclusivamente, y si decido abandonarla, no encontrará uno que quiera seguirla, aunque le pague a «garant» por segundo, ¿me comprende? Y ahora — terminó, deliberadamente ofensivo—, no me incomode más con sus majaderías y lárguese de aquí; tengo mucho trabajo y quiero tenerlo listo para mañana antes de partir.

Charlene abrió la boca ante el sofión que le había soltado el cazador. Nadie la había tratado así hasta entonces y el suceso la dejó estupefacta por completo.

Cuando quiso reaccionar, era ya tarde; Cairo le había vuelto la espalda y reanudado su tarea, con indiferente ahínco, como si ella no existiera.

Perseguida por el ruidito del motor, que le parecía un continuo silbido de burla, Charlene se retiró meditabunda hacia su tienda. Al llegar cerca de ella. Ría le salió al encuentro.

—Desearía hablar con usted un momento, señorita Sparlett.

Charlene la miró, con aire desafiante.

—Muy bien — dijo—; ¿de qué se trata?

—Quiero decirle que soy yo la culpable de todo lo ocurrido hace unos momentos. Empecé a bromear con Cairo y... él me dijo que yo no tenía la menor idea de cómo se desuella un animal de esos... Bueno, el caso es que

quise demostrarle que estaba equivocado. Eso es todo, señorita Sparlett; y la ruego encarecidamente olvide el incidente. Es decir, si acaso, en lo que se refiere a él, que no tiene la culpa de nada.

—Nadie le ha pedido explicaciones, señorita Jonchi — contestó orgullosamente Charlene—. Lo único que espero de usted es que, en lo sucesivo, no se meta en cosas que no son de su incumbencia. ¿Comprende usted lo que quiero decirla?

Por un momento, el color huyó totalmente de las mejillas de Ría. Pero la muchacha no tardó en recobrarse y se echó a reír con desparpajo.

—Ah, ya lo entiendo — exclamó—. Usted es cazadora de todo... de bestias y... de hombres. Y está temiendo que yo le pise uno de los pocos ejemplares que le faltan en su colección... un cazador de bestias antediluvianas, ¿verdad? La niña rica, millonaria y hastiada de su propio dinero, que busca sensaciones fuertes, sean de la clase que sean, sin importarle mucho el modo cómo puede proporcionárselas. ¡Quédese con Cairo; se lo regalo con rifle y todo!

Una oleada de cólera hirvió en el seno de Charlene, aflorándole al rostro en forma de violento enrojecimiento. Sin poderse contener, la muchacha se arrojó sobre la otra, con la mano en alto, dispuesta a abofetearla.

Pero Ría no era mujer que se dejase sorprender; más rápida aún que Charlene, disparó su mano, atenazando la muñeca de ésta con una presa indestrictible, con una fuerza de la que nadie la hubiera supuesto capaz visto su delicado aspecto.

—Ah, no — sonrió Ría, deliberadamente insultante—; eso sí que no. Puedo pasar por alto sus palabras, dictadas por el ofuscamiento, pero lo que no pienso tolerar es que pase a vías de hecho, ¿me entiende?

Charlene forcejeó para librarse de la presa a que estaba sometida. Pero todo fue inútil.

—¡Suélteme! — gritó, y en aquel momento se oyeron los gritos de Helen.

—¡Muchachas! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Qué forma es esa de comportarse... como dos salvajes?

—¡Me ha insultado!—dijo Charlene, iracunda, aún sujeta su muñeca por la mano de Ría.

Ésta miró a la secretaria; después, soltó la mano de Charlene, dándole al mismo tiempo un fuerte empujón, como si pretendiera tirar el miembro al suelo.

—No hice otra cosa que cantarle cuatro verdades, Helen. Pero esto es algo a lo que ella no está acostumbrada, ¿verdad? Siempre adulada, siempre elogiada... y cuando alguien llama a las cosas por su nombre, se enfada y

pierde los estribos.

—¡Eso no es cierto! ¡Usted me insultó!

Ría se encogió de hombros.

—Tómeselo como quiera. Y vaya a buscar a su cazador; quizá él sea un poco más meloso que yo.

Cuando Ría se hubo alejado, Helen miró con aire conmiserativo a la muchacha.

—No he visto más que el desagradable final de la discusión, pero apostaría doble contra sencillo a que Ría tiene más razón de la que tú misma crees, Charlene.

—¿Tú también te vas a poner en contra mía? — dijo la joven, enojada.

Helen lanzó un suspiro de resignación.

—No, hijita, no; soy tu secretaria y tu dama de compañía, me pagas por ese trabajo, magníficamente por cierto... y no estoy ya en situación ni en edad de andar desperdiciando un empleo tan estupendo como el que tengo, Charlene. Quiera o no, tengo que estar a tu favor, queridita.

Charlene pateó impaciente el suelo.

—Oh, basta ya, Helen; deja de recriminarme. He hecho mal, lo sé; pero no es necesario que sigas atormentándome más con tus velados reproches.

Helen rodeó con su brazo el hombro de la muchacha.

—A ti lo que te ocurre es que, de algún tiempo a esta parte, desde que ocurrió lo que sólo tú y yo sabemos, estás un tanto desquiciada y pierdes fácilmente el control de los nervios. Creo que debieras haber dicho desde un principio cuál era el fin de tu viaje y puede que así hubieras facilitado mucho las cosas.

—¡No! ¡No quiero que se sepa nada... hasta que todo haya concluido! ¡Y menos con esa entrometida periodista a nuestro lado, Helen! — Charlene se volvió hacia su secretaria y la cogió la manga de la camisa, nerviosamente—. Prométeme que no dirás nada hasta que yo te autorice, Helen. Prométemelo.

La secretaria miró a Charlene con benignidad.

—Muy bien, así será, querida. Guardaré silencio hasta que tú lo creas oportuno. Y ahora — añadió en tono intrascendente—, ¿qué tal si te retocases un poco esos ojos? Los veo algo lacrimosos y...

* * *

Al día siguiente acamparon a la entrada de Paso Cerrado, al pie mismo de la Sierra Muerta. La cordillera se merecía bien ciertamente el nombre, porque ninguno de los presentes, especialmente los terrestres, había visto nada igual.

Terriblemente desoladas, totalmente áridas, las montañas que componían Sierra Muerta se elevaban a muchos miles de metros sobre el nivel de la llanura lindante, con impresionantes farallones cortados casi a pico y que alcanzaban centenares de metros de una sola tirada, abruptos, lisos como la palma de la mano, sin el menor asidero al cual agarrarse en caso de peligro. Ni una sola planta, ni un animal, vivía en aquellos lúgubres parajes, casi uniformemente coloreados de un triste ocre que deprimía notablemente el ánimo.

A veces, las rocas adoptaban formas extrañas, como animales fantásticos o plantas entrevistas en el delirio de alguna pesadilla. Las cimas más bajas parecían puntas de lanza clavándose en el esplendente azul del cielo, en tanto que las más elevadas aparecían cubiertas por hielos que nunca desaparecían por completo. El conjunto, en suma, todo roca y piedra, sin la menor nota de verdor, sin ni una sola planta conífera, como ocurría generalmente en las montañas terrestres, era altamente depresivo y siniestro. La vegetación concluía bruscamente al borde de las primeras escarpas y a partir de allí ya no se veía siquiera un liquen o una mata de musgo que sirviera para romper la monotonía cromática de la piedra y la roca.

En cuanto al Paso Cerrado también ofrecía particulares aspectos. Era como un tajo abierto por una espada colosal, rectilíneo, sin apenas desviaciones, atravesando la cordillera de un solo golpe, vislumbrándose casi su final desde la entrada, a pesar de que tendría una longitud superior a los dos centenares de kilómetros.

El fondo del Paso se encontraba a muy poca altura sobre el nivel de la llanura vecina, apenas a quinientos metros. La subida, después de haber pernoctado tranquilamente al pie del mismo, se realizó en pocas horas. A mediodía, ya en la verdadera entrada del mismo, Cairo ordenó hacer alto para descansar unos momentos y tomar un leve refrigerio.

Mientras que los markhonianos disponían lo necesario, Cairo, provisto de un par de binóculos telescópicos, avanzó unos cincuenta metros delante del campamento provisional. Trepó a una roca de diez o doce metros de altura para obtener así un mejor campo de visión y luego se llevó los prismáticos a los ojos.

Escrutó cuidadosamente la inacabable largura del Paso que se extendía ante él. Paso Cerrado era una especie de Gran Cañón del Colorado, pero tres o cuatro veces mayor en todas las dimensiones, sin las sinuosidades y recodos de éste, y careciendo, además, de toda señal de líquido en su rocoso fondo. Las piedras abundaban en el lecho, caídas de los altísimos farallones que

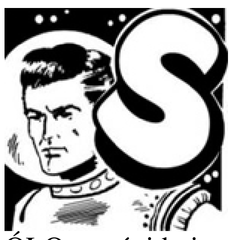
había a ambos lados, como consecuencia de los bruscos cambios de temperatura y de la erosión.

Los muros del Paso parecían unirse a lo lejos, como si constituyeran los de un callejón sin salida. ¿Era por esto que había merecido tal nombre? ¿O bien porque nadie hasta entonces había podido envanecerse de haberlo atravesado impunemente de extremo a extremo?

Cairo se mordió los labios, como si sintiera unas dudas y vacilaciones que nunca, en todo el largo tiempo de su vida profesional, le habían acometido hasta entonces. De un modo obscuro y subconsciente presentía una serie de acontecimientos poco gratos, respecto a los cuales los incidentes últimamente ocurridos eran pobres pero indiscutibles presagios.

Permaneció sobre la roca un buen rato todavía sin dejar de explorar los menores accidentes del terreno con los binóculos. No pudo hallar nada sospechoso y ya se disponía a dar media vuelta y regresar cuando, de pronto, algo silbó agudamente junto a sus oídos.

CAPÍTULO VII



ÓLO su rápida intuición del peligro salvó a Cairo, porque inmediatamente de oído el zumbido, se tiró al suelo.

El silbido se repitió dos o tres veces más. Un par de objetos muy largos cayeron en el suelo, rebotando varias veces sobre las rocas, antes de detenerse muy cerca del lugar donde Cairo se había parapetado tras una piedra, con el fusil listo instantáneamente, apenas supo de aquella nueva amenaza.

La piedra protegía al joven lo suficiente para asomar la cabeza. Lo hizo, con las debidas precauciones y vio, en unas rocas fronteras, a unos cien metros de distancia, media docena de hombres cuyas intenciones no podían ser más hostiles.

Inmediatamente supo que se trataba de los «bakhutshos» Atisbándolos a través del telescopio de mira, los examinó durante unos cortos segundos, hallándolos a todos de buena planta, de gran presencia física e indudable robustez, vistiendo muy someramente una especie de piel o tejido muy fino, y todos ellos armados, además de con unos pavorosos cuchillos y hachas de una materia para él desconocida que les pendían de los cinturones, con unos arcos de enorme potencia, capaces de lanzar flechas con toda facilidad a gran distancia.

Cairo hubiera podido matarlos con un par de descargas, pues el poder de las balas explosivas de su «Coloso» era algo realmente terrorífico. Pero se abstuvo de ello y, en su lugar, para atemorizarlos, les envió un par de disparos a los pies.

Las rocas y las piedras volaron, menudamente fragmentadas, cuando los dos proyectiles impactaron, con sonoro estrépito, a cortísima distancia de los «bakhutshos». Uno de ellos, lanzando un agudísimo grito, se desplomó al suelo, en tanto que el resto, después de soltar una nueva descarga de flechas, se escondía presurosamente.

Aprovechando el breve momento de respiro que la acción le había concedido, Cairo tomó una de las flechas, para examinarla con mayor detenimiento en otra ocasión, y se descolgó de la roca que había utilizado como atalaya, emprendiendo el camino de regreso al campamento con rápido paso.

Dos o tres flechas más saludaron su retirada. Cairo dio su respuesta con otro par de disparos que ahuyentaron definitivamente a sus atacantes y luego redujo la velocidad de su marcha, seguro de que ya no iba a ser objeto de más agresiones.

Como era lógico, sus disparos habían desatado la alarma en el campamento. Charlene, Ría y Helen, además de Br'nath y unos cuantos de los más conspicuos markhonianos, salieron a recibirle, todos ellos armados con sendos rifles y con la más viva ansiedad pintada en sus rostros.

Cairo trató de contestar al alud de preguntas de la mejor manera posible.

—No eran más que cinco o seis... No, no tiré directamente contra ellos aunque la explosión de uno de los proyectiles debió causarles, por lo menos, un muerto. ¿Que cuál es mi opinión? — dijo esta última frase, mirando a Charlene. Endureció el ceño y siguió—: Es muy sencilla de emitir, señorita Sparlett. Se trata de otra advertencia de los «bakhutshos».

—Pero nosotros seguiremos adelante — dijo ella, enérgica.

Cairo vaciló. Solamente un íntimo sentimiento de no aparecer como un cobarde ante las mujeres fue el que le hizo asentir.

—Por supuesto. De una forma u otra franquearemos Paso Cerrado, señorita. Pero a partir de ahora las guardias serán dobles y nadie se alejará del campamento a no ser con un pretexto muy justificado y siempre con una fuerte escolta.

—Una precaución muy lógica, Holt — alabó Charlene—. ¿A qué hora reanudamos mañana la marcha?

—La salida del sol debe hallarnos con los bultos a la espalda — contestó Cairo, después de lo cual se encaminó a su tienda, con el fin de descansar un poco.

Sentándose en el lecho de campaña, se desciñó los atalajes, dejando el rifle al alcance de la mano. Sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor, y en aquel momento, Br'nath penetró en su tienda.

El markhoniano se agazapó en el suelo, casi a sus pies, mirándole fijamente. Cairo le devolvió la mirada, con una pregunta hecha en su propio idioma

—¿Qué sabes de la pistola atómica, Br'nath?

—Nada, Cairo. Ha desaparecido, eso es todo.

El cazador se frotó la mandíbula y luego sacó cigarrillos. Br'nath cogió el suyo y se lo zampo, con papel y todo, con aspecto de viva satisfacción. Cairo encendió el que le correspondía y murmuró:

—Si no fuera porque el acompañante de Ría se había marchado antes,

podría decirse que fue él quien se apoderó del arma. Pero cuando esto ocurrió, ya hacía días que faltaba del «safari». ¿No encuentras tú bastante raro todo esto, Br'nath?

—Demasiado, Cairo. Mis amigos empiezan ya a murmurar y puedes estar seguro de que si no fuera por ti, ya estarían retrocediendo rumbo a sus hogares.

—Comprendo sus desazones, Br'nath; yo mismo las he experimentado a veces, pero tanto ellos como yo, somos hombres de una sola palabra y la dimos de llevar a la señorita Sparlett a los pantanos del otro lado. Si los «bakhutshos» vuelven a atacarnos, les daremos una lección tan dura que no creo les queden más ganas dé insistir, ¿estamos?

Br'nath asintió en silencio y luego los dos hombres continuaron, el uno fumando y el otro mascando el tabaco. Al cabo, Cairo dijo:

—¿Habías visto tú a la señorita Jonchi antes de nuestra partida, en Colombópolis?

Los ojos del nativo se abrieron desmesuradamente.

—No, Cairo. La primera vez fue cuando peleaba con el estegosaurio.

—Es extraño — murmuró. ¿De dónde habrá salido? El único astropuerto de Markhon IV está en Colombópolis y no ha podido llegar de la Tierra por otro punto. Porque, claro está, no hay revista que pueda permitirse el lujo de fletar una astronave para sí sola y aunque así fuera... tampoco podría aterrizar fuera del astropuerto; les reglamentos lo impiden y por otra parte, ¿para qué diablos ir con tantos tapujos cuando se trata de una periodista que sólo trata de hacer los reportajes corrientes que han hecho cientos de individuos de la profesión antes de ella?

—Esto no justificaría tampoco la desaparición de aquellos dos cadáveres, Cairo — arguyó el nativo.

—Tienes razón, Br'nath. ¿Por qué tres desaparecidos, dos muertos y uno vivo, y ella no? Dime, ¿has visto tú en Ría algo que se aparte de lo normal, algún gesto sospechoso, alguna cosa extraña...?

Br'nath sacudió enérgicamente la cabeza.

—No, Cairo; hasta ahora, su comportamiento no ha podido ser más corriente, aunque... ¿qué diablos ha de entender una periodista acerca del manejo del cuchillo de desollar dinosaurios?

Cairo miró a su amigo con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

—¡Rayos!—murmuró apagadamente—. Pues es verdad; no había caído en ello. El manejo del cuchillo eléctrico es, aparentemente, muy sencillo... pero sólo en teoría; la práctica cuesta de adquirir mucho.

—Y ella — observó Br'nath—, lo manejaba como un experto en el oficio.

Cairo arrojó el cigarrillo al suelo, pateándolo malhumorado.

—Esa Ría Jonchi no me gusta nada, Br'nath. Tienes que vigilarla mu...

El cazador se interrumpió repentinamente. Sus párpados se entrecerraron al mismo tiempo que, con el dedo índice, recomendaba silencio al nativo.

Br'nath miró hacia el punto en donde parecían estar clavados los ojos de su amigo. Había allí, a la altura de un hombre, un abultamiento sobre la lona, que resultaba altamente sospechoso.

Moviéndose con el silencioso sigilo de un felino, Cairo se deslizó hacia la entrada de la tienda. Enderezándose bruscamente, apartó la tela a un lado y salió fuera.

Se detuvo contemplando fijamente a Ría, la cual, con aspecto intrascendente, estaba a pocos pasos de la tienda, encendiendo un cigarrillo. La joven le miró, sonrió y tosió al atragantarse con el humo.

—¡Hola, Cairo! —dijo alegremente.

—Hola— repuso el cazador, tratando de disimular su mal talante. Después dio media vuelta y volvió a meterse en la tienda.

A la hora de la cena, Charlene le preguntó por sus planes. Cairo le dijo que, poco más o menos, ya los sabía y que lo único interesante era estar en pie a primera hora de la mañana.

La contestación no pareció satisfacer a la muchacha. Charlene puso gesto hosco y cenó en silencio. Al terminar, se puso en pie y empezó a caminar con aire abstraído.

Cairo advirtió de que la joven no parecía darse cuenta de la ruta que tomaba. Frunciendo el ceño, llamó en voz baja a Br'nath y le dijo que le trajera el cinturón con el revólver.

Markhon tenía dos lunas, una de las cuales estaba en su fase llena y la otra en menguante, hallándose a poca distancia la una de la otra, con lo cual compensaban, en intensidad lumínica, la diferencia de tamaños con respecto al satélite de la Tierra, ya que eran más pequeñas que éste. El resultado era, pues, idéntico al de una noche de luna llena en el planeta, lo que permitía una clara visión de las cosas

Silenciosamente, sin esconderse, pero tampoco sin dar a entender su presencia, Cairo siguió a Charlene. Ésta caminó un centenar de metros, al cabo de los cuales se detuvo, en pie sobre una roca, destacando su silueta contra la luz de los satélites.

Cairo se detuvo muy cerca, escrutando intrigado el aspecto de la muchacha, que aparecía sumida en hondas meditaciones. Charlene

permaneció allí un buen rato, más de media hora, después de lo cual, levantando vivamente la cabeza, se dispuso a regresar al campamento.

Su gesto fue tan inesperado que cogió a Cairo completamente por sorpresa. El cazador quiso esconderse, pero era ya tarde.

—Dispénseme, señorita Sparlett, pero no quisiera que creyera que la estaba espiando.

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—Entiendo, Cairo; y le agradezco mucho lo que ha hecho por mí.

—Me di cuenta que deseaba usted estar a solas con sus pensamientos durante un rato..., pero tampoco iba a permitir que le ocurriese nada estando yo delante.

—Ha sido usted muy amable, — dijo ella, ya en camino hacia el campamento.

Cairo guardó silencio unos momentos; después, sin poder contenerse, preguntó:

—A usted la preocupa algo, señorita Sparlett. ¿Es algo relacionado con sus intenciones de cazar en los pantanos?

La pregunta había sido formulada con tal brusquedad, que Charlene no pudo por menos que detenerse y mirar a Cairo, enormemente sorprendida. El cazador advirtió que su disparo había impactado de lleno en el blanco y esto le satisfizo grandemente.

—¡No... no!—balbuceó ella—. Se... se equivoca usted, Cairo, Yo... yo no estoy preocupada y de pronto, sin más palabras, echó a correr, dejando plantado al joven.

Pero Cairo no se ofendió por ello. Al contrario, con una sonrisa que le distendía los labios de oreja a oreja, continuó andando hacia su tienda.

Dos días más tarde, se hallaban ya casi a la mitad del camino. Habían recorrido unos ochenta kilómetros en dos jornadas duras de caminar, pero de relativa sencillez, dados los escasos accidentes del terreno. Después de cenar, todo el mundo se echó a dormir tranquilamente, excepto los correspondientes centinelas, tratando de recuperar las fuerzas consumidas durante la larga caminata del día.

Cairo estuvo inspeccionando los servicios hasta bien tarde. Fatigado, se echó en su catre, sin despojarse de otra prenda que las botas. La temperatura era excelente y las mantas sobraban.

No supo cuánto tiempo había estado durmiendo. De pronto, un fuerte griterío le despertó, sobresaltándolo enormemente.

Cairo era hombre avezado a toda clase de contratiempos, de modo que ponerse las botas y tomar su rifle fueron dos acciones que le consumieron un tiempo realmente ínfimo. Salió fuera de la tienda, en el momento en que el griterío arreciaba.

La confusión era enorme. Alaridos de ira y de dolor se oían por todas partes, en tanto que, de modo esporádico y azaroso, sonaban algunos estampidos.

Alguien pasó por su lado, aullando como un poseso. Empujó a Cairo tan fuertemente que el cazador resultó derribado por tierra.

Se incorporó, renegando suciamente. Tomó su rifle y en aquel momento advirtió una aulladora masa de gente que se le echaba encima.

Era un tropel de hombres que corrían como endemoniados, arrollando todo cuanto encontraban a su paso. La luz de la luna era suficiente para distinguir sus principales características y Cairo supo al instante que no eran markhonianos los que galopaban de manera tan desenfrenada.

Pero además había otra cosa: aquel espeso grupo, que parecía estar compuesto al menos por un centenar de «bakhutshos», llevaban en alto una persona que, al mismo tiempo que gritaba desesperadamente, pidiendo auxilio, perneaba enérgicamente, intentando deshacerse de la presa a que había sido sometida.

Cairo reconoció instantáneamente la voz de la periodista. Ría chillaba desesperadamente, dándose cuenta de la horrible suerte que la aguardaba si aquellos salvajes conseguían consumar el rapto. La sola idea de lo que podía pasarle a la muchacha hizo hervir de indignación el pecho del cazador.

Apoyó la culata del rifle en su hombro, dispuesto a destrozar las filas de los «bakhutshos». Pero ya era demasiado tarde.

El aullante alud de salvajes cayó sobre él, arrollándole como si hubiera sido un simple ratoncillo. Cairo sintió que el rifle le era arrebatado de las manos con toda facilidad y luego alguien lo empujó a un lado con poderosa fuerza.

El joven se sintió pateado y magullado por aquellos feroces individuos quienes, sin dejar de correr, atronaban el espacio con sus tremendos alaridos. Era un tumulto imponente en aquella semiobscuridad que proporcionaban los satélites de Markhon y que no conseguían apagar siquiera los desordenados disparos que Br'nath y sus secuaces hacían para contrarrestar la acción de los «bakhutshos».

Todo cuanto hicieron para contener a los salvajes fue inútil por completo. Éstos desaparecieron en la noche con su presa y lo último que se oyó, unos segundos antes de que se hiciera definitivamente el silencio, fue un agudísimo lamento de Ría.

Después, una inmensa pesadumbre descendió sobre el campamento.

Esta pesadumbre continuaba al día siguiente cuando Cairo, abatido, deshecho moralmente por el impacto sufrido, trataba de rehacerse, rehaciendo a su vez el material de la expedición.

En un sombrío silencio contempló el desastre que se había abatido sobre ellos. Su evaluación había sido mínima y debían de haber pasado por allí tres centenares al menos de salvajes, comportándose de la misma forma en que lo hubiera hecho una horda de búfalos en estampida. Las tiendas aparecían abatidas y sus lonas rasgadas, en tanto que los fardos de víveres y provisiones, así como de utensilios, aparecían rotos y destrozados, esparcido su contenido de cualquier forma por todas partes, en un amplio radio en torno al campamento.

Increíblemente, los «bakhutshos» no habían causado ninguna baja, bien que ellos las sufrieron como efecto de los disparos hechos en propia defensa por los markhonianos. Cinco o seis cadáveres de salvajes aparecían esparcidos aquí y allá, con horribles destrozos en sus organismos, debidos a las explosiones de los proyectiles destinados a los grandes monstruos antediluvianos. Pero salvo la periodista, raptada Dios sabía con qué misteriosos fines, nadie parecía haber sufrido el menor daño.

Una pálida Charlene, seguida por Helen, que no estaba mucho mejor, le salieron al encuentro. Cairo levantó la cabeza, teniendo en la mano una flecha que acababa de recoger del suelo.

—¿Ha... ha logrado averiguar algo, Cairo?—preguntó la muchacha.

El cazador sacudió la cabeza.

—En absoluto. Sólo sé que se llevaron a la señorita Jonchi... y que debemos intentar lo imposible por rescatarla.

Charlene asintió.

—Me era muy antipática, pero no me gustaría que los «bakhutshos» la hicieran ningún daño. ¿Qué podríamos hacer para salvarla, Cairo?

Este se mordió los labios, en tanto volvía a examinar la flecha, un arma formidable de casi dos metros de longitud, pesada, con una aguzada punta de un extraño metal en uno de sus extremos, metal que brillaba refulgentemente con los primeros rayos de la aurora. El otro extremo del astil estaba dotado de unas plumas multicolores que servían para mantener la dirección de la saeta durante el vuelo y por unos instantes Cairo trató, sin resultado alguno, de adivinar a qué especie de pájaro pertenecían aquellas plumas, que jamás había visto antes.

Luego levantó los ojos.

—Los «bakhutshos» corrieron en dirección a la salida del Paso. Opino,


pues, que nosotros debemos seguirlos cuanto antes.

Charlene asintió.

—Me parece muy bien, Cairo. ¿Cuándo?

El cazador arrojó una ojeada en torno suyo.

—Si nos damos prisa, en menos de dos horas habremos reparado el desastre. Mientras tanto, haré que nos preparen el desayuno y...

Cairo se interrumpió. Br'nath venía con algo en la mano, que luego resultó ser la cartulina plástica de una fotografía.

—Toma — dijo el nativo, recurriendo al inglés—; yo hallar junto a tienda de Ría.

Cairo miró detenidamente la fotografía y, apenas lo había hecho, soltó una interjección de asombro.

—¿Qué ocurre, Cairo? ¿Quiénes son los de la fotografía?

Charlene tomó la cartulina. No vio allí otra cosa que tres chiquillos, el mayor de unos siete u ocho años. Eran dos chicos y una niña, y uno de los varones era claramente, a juzgar por su constitución anatómica, markhoniano.

—¿Qué tiene de particular esta fotografía, Cairo? — insistió la muchacha.

—Nada — murmuró el joven—, excepto que... uno de los niños soy yo y el otro Br'nath.

Charlene enarcó las cejas, dejando que Helen tomase ahora, con grandes demostraciones de asombro, la fotografía.

—¿Y la niña... quién es?

Los ojos de Cairo miraron fijos y pensativos a lo lejos.

—Era la hija de los señores Cardova, vecinos y muy amigos de mis padres. Yo era entonces muy pequeño, apenas ocho años... y Lucy Cardova tendría cinco o seis, como Br'nath. Pero los Cardova se marcharon... no sé dónde... ya no los he vuelto a ver. Nos hicieron esta fotografía entonces... pero yo ya no me acordaba de ella. Ni la hubiese recordado nunca seguramente a no ser por el inesperado hallazgo de Br'nath.

Charlene volvió a examinar el grabado, en el cual se advertía la amarillez propia del paso de los años. Le pareció encontrar una cara conocida en las facciones de Lucy Cardova, pero, por más que se esforzó, no consiguió recordar dónde las había visto antes de aquel momento.

Cairo se guardó la fotografía, hondamente preocupado. Sacudió la cabeza y dijo:

—¡Está bien! ¡Démonos prisa; el tiempo está corriendo demasiado!

* * *

Otras cuarenta y ocho horas más tarde, antes de que el sol se escondiese tras el horizonte, volvieron a encontrarse con los «bakhutshos». Y a la primera ojeada, Cairo se dio cuenta de que ahora ya no podrían escaparse.

Estaban totalmente rodeados por una masa de más de mil salvajes, cuya actitud no podía ser más significativa.

CAPÍTULO VIII



ON una astucia infernal, los «bakhutshos» habían elegido magníficamente el lugar de la emboscada, un punto en donde el Paso sufría un estrechamiento que, dejaba reducida la anchura del fondo a un espacio inferior a cincuenta metros. Era como una especie de trinchera natural, excavada en el plano general del fondo del desfiladero, de la citada anchura por unos doscientos metros de longitud y unos siete u ocho de altura media. Las paredes de aquel diminuto barranco eran completamente lisas, sin el menor refugio en el que guarecerse y con poquísimas rocas en su fondo que pudieran servirles de parapeto.

Por otra parte, el número de los rifles del «safari» era también muy pequeño. Con suma habilidad, Cairo había podido reunir hasta doce o quince, repartidos entre los markhonianos de probada puntería, pero aunque, con grandes esfuerzos y a base de derrochar sin tasa el dinero de Charlene, hubiera podido armar individualmente a los casi doscientos porteadores, tal acción hubiera despertado indudables sospechas que, llegando a oídos de las autoridades de Colombópolis, hubieran sido suficientemente poderosas como para prohibir el «safari» en tales condiciones. Así, pues, Cairo se había visto obligado a emprender la expedición deficientemente armado, confiando en que no sucedería... lo que ahora precisamente les estaba sucediendo.

Los «bakhutshos» habían aparecido de repente, sin ruido, en medio de un ominoso silencio, cortando de raíz los escasos murmullos que brotaban de la caravana de porteadores, surgiendo a ambos lados de la cañada, en ambos bordes de la misma. Todos ellos, sin excepción, eran portadores de unos colosales arcos, capaces de lanzar una pesada flecha de un metro ochenta a quinientos metros de distancia con toda facilidad y ensartar con ella a cuantos hombres cupieran a lo largo de su interminable astil.

Además, casi todos estaban armados con cuchillos y hachas, cuyas respectivas hojas estaban construidas de aquel extraño metal verdoso que parecía transparente y tenía toda la apariencia de ser una nueva clase de gema, desconocida para Cairo y sus acompañantes hasta entonces. El filo de las armas de mano era agudísimo y parecía capaz de cortar en dos un cabello.

Un rápido cálculo mental indicó al cazador que por cada lado había más de quinientos salvajes, superando fácilmente el millar. Todos ellos, las manos

sobre los arcos, vestidos someramente con aquella suave piel que se amoldaba con facilidad a sus esbeltos cuerpos, les miraban fijamente, dispuestos a ensartarles apenas hicieran la menor señal de resistencia.

Cairo se extrañó de la gallarda apariencia física que, casi sin excepción, aparecía en todos los «bakhutshos». A juzgar por las vagas informaciones recogidas hasta entonces, podía suponérseles con aspecto de fieras humanas, pero salvo su vestimenta y sus anacrónicas armas, daban la sensación de pertenecer a una raza superior. Todos eran de gran estatura, corpulentos, sin deformidades musculares y la mayoría de ellos tenían los cabellos claros y los ojos azules.

«Una nueva raza de vikingos espaciales», pensó el joven, antes de, con un suspiro de obligada resignación, arrojar el rifle al suelo, en señal de rendición.

—¿Qué hace usted? — le increpó Charlene.

Cairo se volvió hacia la muchacha, mirándola fijamente.

—Ya lo ve usted —dijo—; tratando de conservar mi vida y la de todos ustedes el mayor tiempo posible.

—Pero... nosotros tenemos rifles y ellos no — objetó airada la muchacha.

—Ellos nos superan en una proporción de más de cinco a uno. ¿De qué servirla resistirnos y matar a doscientos, a la mitad, si usted quiere, si al cabo acabaríamos por perecer todos? Tire al suelo su rifle, se lo aconsejo por su propio bien... y el de todos.

Charlene accedió, furiosa.

—¡Ah, si al menos tuviera mi pistola atómica! — se lamentó.

—Pero no la tiene y sólo el diablo sabe dónde está — mascullό entre dientes el joven, despojándose también de su cinturón con el revólver de balas explosivas. Br'nath y los suyos, al ver la actitud de su jefe, hicieron lo mismo.

Una voz, entonces, de indefinibles acentos, rompió el silencio, hablando de manera bastante inteligible.

—Dejen también los fardos en el suelo —y repitió la frase en markhoniano—; nosotros nos ocuparemos de ello.

—Obedeced, Br'nath — dijo Cairo.

Los nativos hicieron lo que les decían.

—Ahora, en fila de a uno, empiecen a caminar. No intenten nada; a la primera descarga, caerían todos muertos.

Éste es nuestro fin —murmuró Charlene.

—¿No era eso lo que andaba buscando con su condenado empeño en

cazar al otro lado de Sierra Muerta? — renegó Cairo, echando a andar.

* * *

La triple fila, dos de «bakhutshos» y la central compuesta por los abatidos miembros del «safari» se detuvo ante un lugar como Cairo no había esperado ver jamás.

Era ya de noche, pero, sin embargo, los «bakhutshos» habían resuelto el problema de la iluminación mediante dos o tres cientos de antorchas que proporcionaban un aspecto irrealmente fantástico a la escena. Sin un soplo de viento, las antorchas dejaban escapar sus rojas llamaradas a buena altura, proporcionando, en conjunto, una luz que disipaba las tinieblas en un radio bastante extenso.

Esto sirvió, pues, para que Cairo admirase íntimamente el lugar en que se hallaban, y que no era otra cosa que la base de un muro aparentemente liso, levemente inclinado, y cuyo remate se fundía en negro con el estrellado cielo, a una altura de vértigo.

Pero esto no era lo más notable, sino la escalera que, excavada en la misma roca, tallados sus peldaños en el muro, se perdía en lo alto, retorciéndose sobre sí misma con la misma regularidad que si hubiese sido trazada por el más consumado de los arquitectos. No se veía su fin, sumido en la negrura del inmenso farallón, y los zigzags que trazaba eran para proporcionar un alivio en la monotonía del ascenso.

Los primeros «bakhutshos», portadores de antorchas, empezaron a subir, marcando el camino. Cuando le llegó el turno a los prisioneros, las dos mujeres lo hicieron en cabeza, seguidas por el cazador. Br'nath y los markhonianos venían a continuación, frecuentemente intercalados todos ellos por vigilantes salvajes, que no les quitaban ojo de encima un instante, al mismo tiempo que les facilitaban la suficiente luz para ver el escalonado camino.

Y realmente era necesaria la luz para los prisioneros, puesto que no conocían el terreno que pisaban. Los peldaños, aunque cómodos de subir y regularmente trazados, eran muy estrechos, permitiendo justamente el paso de una persona. Había que ir pegado al muro para evitar el peligro de un resbalón que, en aquellas condiciones, podía ser fatal para el infortunado que tuviera la desgracia de perder pie.

Ascendieron durante largo rato por los peldaños de la escalera, que no parecía tener fin. En los descansillos, Cairo miró más de una vez, contemplando el fantástico espectáculo que ofrecían los centenares de antorchas, trazando una interminable línea quebrada pegada al muro, y

estremeciéndose al pensar en la distancia que había del lugar en que se hallaba hasta el fondo del Paso.

Antes de que llegaran al término de su fatigosa ascensión, todos los componentes de la columna habían ocupado la escalera. Sólo fue cuando el último hubo alcanzado la mitad de la misma que el pelotón de cabeza pasó a una gran plataforma rocosa, absolutamente invisible desde abajo, aun de día, lo cual indicaba con toda seguridad el término de aquella primera etapa.

Cairo so detuvo, congestionado, a punto de reventar. Había pensado que la escalera no iba a tener nunca fin, pero este había llegado. Se mareó pensando en la cantidad de peldaños que había pisado; contando que entre unos y otros pasaban de mil doscientos y que cada persona necesitaba un espacio de dos escalones para subir con cierta comodidad, resultaba al menos una cantidad superior a los dos mil cuatrocientos peldaños. El pulso le latía aceleradamente y tan cansado estaba, que no tuvo fuerzas siquiera para ayudar a las dos mujeres quienes, exhaustas, se dejaron caer en el suelo, a poca distancia de él.

La columna siguió ascendiendo. Las antorchas pasaban por delante do los tres prisioneros, llevándose a los markhonianos sin dejarlos descansar. Los «bakhutshos» parecían muy entrenados, por cuanto apenas si daban muestras de fatiga. Y, lo que Cairo encontró más extraño, se portaban muy cortésmente con todos, especialmente, con ellos tres.

Al cabo de un rato, alguien les indicó que era hora ya de proseguir. Cairo ayudó a ponerse en pie a las dos mujeres y el trio, escoltado por medio contener de salvajes y alumbrado el camino por quince o veinte antorchas, reanudó el camino.

Éste era ya en pendiente, aunque suave y ligera, lo cual facilitaba el caminar. El suelo era ahora herboso y Cairo distinguió vagas sombras de árboles a ambos lados de su ruta. La temperatura había dejado de ser sofocante, pareciendo como si fuera refrescada por la abundante vegetación que allí crecía.

Oyó vagamente rumor de una corriente de agua y a lo lejos le pareció ver unas luces, además del reflejo de la luna en algo que semejaba la quieta superficie de un lago.

Caminaron durante una hora más. Pisaban un sendero ancho, cómodo, en tanto que el silencio imperaba durante la marcha. De pronto, cuando más descuidados estaban, alguien dio la señal de alto.

Unos cuantos «bakhutshos» les trajeron alimentos. Cairo observó complacido que Charlene y Helen comían sin remilgos la carne fría, pero estupendamente condimentada, así como las frutas que la acompañaban. Después, se les entregaron unas mantas, hechas de aquella suave piel que servía de vestimenta a los salvajes, y uno de ellos, el que parecía ser el jefe,

les ordenó que debían pernoctar allí, alejándose antes de que Cairo tuviese, la menor posibilidad de formularle alguna pregunta.

Pero el joven estaba tan cansado que tampoco lo lamentó. Se tumbó sobre la manta y se durmió casi instantáneamente, despertándose a la mañana siguiente cuando el sol le golpeó con fuerza en los ojos.

Se sentó en el suelo. Charlene y su secretaria dormían aún, rendidas por la fatigosa jornada. Cairo estiró los brazos voluptuosamente, sintiendo una comezón en el estómago, que se abstuvo de manifestar a la vista de los diez o doce impertérritos centinelas que, arco en mano, rodeaban a sus prisioneros, vigilándolos celosamente.

A corta distancia de él, divisó la fresca corriente de un arroyo. Sin vacilar, Cairo se dirigió hacia el mismo, haciendo unas cuantas abluciones que terminaron de despejarle todas las telarañas del sueño, sin que en la operación fuera molestado por los «bakhutshos».

Después se puso en pie. Tendió la vista en torno suyo. El asombro dilató sus pupilas al contemplar el esplendente espectáculo que tenía ante sí.

Se hallaban a la entrada, por la parte superior, de un colosal valle, de forma aproximadamente circular, enmarcado por las agudas cresterías, nevadas muchas de ellas, de Sierra Muerta. En el centro del valle, y correspondiendo a la observación que hiciera el joven horas antes, se veía un gran lago, de varias decenas de kilómetros de longitud y anchura, rodeado enteramente de una exuberante vegetación, fresca y agradable a la vista porque no alcanzaba la espesura agobiante de una selva tropical. Todo el valle, cuya amplitud calculó Cairo en medio centenar de kilómetros, era un inmenso cuenco, de suaves pendientes, cuyo término era, precisamente, las orillas del lago, festoneadas en su casi totalidad por altos y frondosos árboles.

En la ribera más cercana, a unos ocho o diez kilómetros de distancia, Cairo advirtió un conglomerado de viviendas cuya forma no pudo advertir, privado de sus binóculos. Pero era evidentemente el lugar donde moraban los «bakhutshos», el acceso al cual, con toda seguridad, solamente podría hacerse por la fácilmente defendible escalera por donde ellos habían llegado hasta allí. Y entonces, Cairo empezó a comprender por qué los «bakhutshos» habían sido siempre tan salvajemente defensores de su independencia y la guerrera hostilidad que siempre habían mostrado a toda injerencia extraña en sus territorios.

Alguien vino con un completamente civilizado café, que el joven saboreó con placer. Cairo tomó también algo de alimento y despertó a las mujeres.

Charlene y su secretaria se quedaron absortas al descubrir el lugar en que se hallaban. El asombro fue tal que durante unos momentos las privó de toda capacidad de reacción.

—¡Dios mío!—exclamó Helen—. ¿En qué sitio hemos ido a caer?

—Todavía no hemos visto bastante — dijo Cairo, meditativo, encendiendo un cigarrillo, ante la impasibilidad de sus guardianes—. Pero es muy probable que, al fin, sepamos la suerte que corrió la desdichada Ría.

Charlene se estremeció.

—¿Por propia experiencia? — murmuró.

—¿Quién sabe? —contestó Cairo, encogiéndose de hombros; y en aquel momento, como sus guardianes vieran que habían terminado de desayunar, les dieron la orden de proseguir la marcha.

El sol estaba ya bastante alto cuando, al fin, llegaron a las primeras casas del poblado «bakhutsho», Cairo las observó cuidadosamente, fijándose en que todas ellas estaban construidas de gruesos troncos, al estilo de las cabañas alpinas, pero con amplios ventanales y elevadas tres o cuatro metros del suelo por medio de gruesos y sólidos pilotes, que les conferían una seguridad a toda prueba.

Por lo que pudo ver, cada casa era unifamiliar y todas, sin excepción, estaban dotadas de una terraza o veranda, cubierta, a la cual se accedía por medio de una escalera de tablones, generalmente encuadrados con bastante pulcritud, más de lo que Cairo hubiera esperado hallar en un pueblo de salvajes. No había calles, aunque la disposición de los edificios estaba hecha de una manera regular y la limpieza del pueblo era extrema, sin restos de basuras ni anímales devoradores de carroña pululando por todos los rincones.

El pueblo era bastante extenso y por todas partes acudían «bakhutshos» a mirarles con evidente curiosidad. Cairo observó que si los varones eran apuestos, las mujeres poseían una notable belleza tanto de rostro como de cuerpo. Los niños aparecían limpios y bien cuidados e incluso los ancianos tenían una expresión apacible y atractiva en sus rostros arrugados ya por el paso de los años.

La aldea «bakhutsha» estaba situada en pendiente. Costó más tiempo del que suponía atravesarla, pero al fin llegaron a un lugar donde los edificios, ensanchándose en un amplísimo semicírculo, concluían en el borde de las aguas del lago.

Cairo notó, frunciendo el ceño, que la multitud empezaba a espesare en torno suyo, aunque nadie, hasta entonces, había hecho la menor señal de hostilidad. Los tres, aprensivamente, caminaron hasta el centro de aquella plaza, sin que se les estorbara el paso ni tampoco siendo objeto de ningún mal trato.

En la orilla del lago había un par de embarcaderos, amarrados a los cuales se veían unas cuantas piraguas, de fuerte y curiosa construcción. Y en la parte opuesta, en el centro del semicírculo de cabañas, había otra mayor, de dos

pisos, cada uno con su respectiva veranda, y de una anchura y longitud muy superiores a todas las restantes. Además, estaba construida mucho más esmeradamente, con un lujo del que carecían las otras cabañas, a pesar de que éstas, sin embargo, no daban sensación de incomodidad.

Era una especie de palacio de madera, al que se accedía por una amplia escalera central, hacia la cual fueron llevados los tres cautivos.

A ambos lados de la escalera, Cairo divisó unos postes verticales rematados por unos extraños bultos. Entrecerró los ojos, aguzando la vista y, como se iban aproximando a los mismos, no tardó en adivinar de qué se trataba.

La sangre se le erizó en las venas al reconocer unas cabezas humanas puestas allí como salvaje trofeo de alguna cacería humana. Sintió vagamente que las uñas de Charlene se le clavaban en la carne del brazo, pero toda su atención estaba centrada en las desencajadas facciones de aquellos infelices que habían sido sacrificados a la insania de los «bakhutshos».

Respiró un poco al darse cuenta de que ninguna de aquellas cabezas pertenecía a Br'nath o alguno de sus porteadores. Por el contrario, todas ellas pertenecían a hombres de aspecto terrestre y una de ellas le recordó... ¿De quién era aquel rostro tan perfectamente conservado? ¿Dónde lo había visto él antes de ahora?

Trató de hacer memoria.

Era indudable que los «bakhutshos» conocían algún procedimiento de conservación de sus trofeos humanos, porque, salvo alguna inevitable deformación causada por el espanto de la agonía, las facciones de las cabezas separadas de sus troncos estaban en perfecto estado. Cairo se estremeció pensando en que, a no dudarlo, la suya no tardaría mucho en servir de ornamento al palacio.

Pero ¿de quién era aquella cabeza?

Un repentino relámpago de inspiración brilló en su mente en aquel momento. ¡Ahora reconocía aquella cara! ¡Sí! ¡Era la del hombre cuya fotografía había substraído Estem'm del bolso de Charlene! Pero ¿quién era éste? ¿De quién se trataba? ¿Cómo se llamaba?

Un agudísimo grito, desesperado, frenético, le hizo volver entonces la cabeza. Charlene, lívida, a punto de desfallecer, señalaba uno de los postes con un tembloroso dedo, precisamente aquel sobre cuya punta se encontraba la cabeza que Cairo había reconocido.

—¡Es él! —gritaba la muchacha, loca de horror—. ¡Helen, es él!

Cairo se precipitó a socorrer a la muchacha, al mismo tiempo que dispuesto a aclarar aquel misterio. Vagamente se dio cuenta de que la plaza

estaba rebosante de una gran multitud, cuyas cabezas miraban expectantemente hacia la entrada del palacio.

De improviso, un gran rugido, bramador, terriblemente sonoro, brotó de cientos y cientos de gargantas a la vez. Todas las voces decían un mismo nombre, fácil de entender por los terrestres.

—«¡Shaina! ¡Shaina!»

¡El nombre de la reina!

Rodeando los hombros de Charlene con uno de sus brazos, Cairo volvió la vista hacía el palacio, en cuya veranda inferior, y al borde de la gran escalinata de acceso se veía una mujer, con los brazos extendidos en ademán de saludo a su pueblo, al mismo tiempo que sus labios sonreían claramente satisfechos.

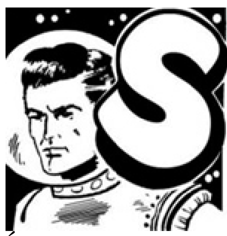
Cairo supo al instante que se encontraban ante la famosa reina de los «bakhutshos», Shaina, la de las leyendas. Pero ¿no decían éstas que era vieja, tanto como los siglos? ¿Por qué, pues, la mujer que allí estaba y que era saludada con tanto entusiasmo, era joven y muy hermosa?

La miró fijamente.

Shaina vestía un traje de fina piel que se amoldaba perfectamente a las estatuarias líneas de su delgado y esbelto cuerpo. Una especie de verdosa diadema ceñía sus sienes y de su delicada garganta pendía un ancho y pesado collar, del mismo vítreo material, que casi le cubría enteramente el bien delineado seno. La piel le llegaba a la altura de las rodillas, dejando los torneados brazos al descubierto, y tanto éstos como los tobillos eran ceñidos por gruesos aretes y ajorcas, labrados primorosamente en la misma substancia de difícil identificación que las demás joyas

Todo este raro atuendo fue causa de que Cairo tardase unos segundos en reconocer a Shaina, la cual no era otra qué la misma persona que se había hecho pasar, al ser hallada por el safari, por Ría Jonchi, periodista.

CAPÍTULO IX



Í, las piezas empezaban a encajar en el rompecabezas.

Ya sólo quedaban dos o tres por unir. En cuanto esto hubiera sucedido... la solución estaría lograda, con la cabeza de Cairo como remate de todo, adornando la fatídica hilera de postes que había frente al palacio de Shaina-Ría Jonchi.

Los tres, Cairo, Charlene y Helen, estaban juntos, en una habitación someramente amueblada, cuya puerta estaba herméticamente cerrada. Había un par de ventanas, por las cuales penetraba la luz tamizada a través de unas rústicas pero eficaces persianas, dejando la estancia sumida en una penumbra que en otra ocasión cualquiera hubiera podido parecer agradable. Sin embargo, ahora, en la situación actual, aquella misma penumbra tenía un aspecto lúgubre, siniestro, como un premonitorio claroscuro del terrible fin que aguardaba a las personas que allí estaban encerradas.

Cairo había comprobado, «de visu», que era imposible escapar de allí. Descartada la puerta, más que por su solidez, por los centinelas que había al otro lado, quedaban las ventanas, las cuales carecían en absoluto de barrotes. Pero debajo de ellas había un nutrido pelotón de «bakhutshos», armados hasta los dientes, que hacían imposible el más ligero sueño referente a cualquier posibilidad de evasión de aquel lugar.

Charlene y su secretaria estaban sentadas frente a una mesa, construida con bastante buen gusto, en cuyo centro se veía un enorme cuenco, hecho de una sola pieza, en aquel misterioso metal cuya composición tanto se asemejaba al jade, pero que más parecía estar construido enteramente de un solo bloque de esmeralda. Los fulgores que la joya despedía brotaban por todas partes, enviando suaves destellos a las paredes de la estancia.

Charlene permanecía muda, pálida todavía, como si no se hubiera recobrado de la terrible impresión sufrida al hallarse ante los postes de suplicio. Cairo intuía un terrible secreto en la vida de la muchacha, pero, discreto, no se atrevía a hacerle la menor pregunta sobre el particular.

Fue ella misma quien, al cabo de un interminable rato de silencio, levantó la cabeza y dijo:

—Está ansioso por saber quién «era él», ¿verdad, Cairo?

El joven asintió con mudo gesto. Dándose cuenta de que Charlene lo estaba necesitando, encendió un cigarrillo, que luego colocó en sus labios.

La muchacha aspiró hondamente el humo y luego murmuró:

—Gracias, Cairo — y después de otra aspiración, siguió—: La cabeza a que me refiero era la de mi marido.

El cazador se detuvo con el fósforo a mitad de camino. El cigarrillo estuvo a punto de caérsele de la boca.

—Sí, por ello grité, Cairo. Es natural que una esposa grite al ver la cabeza de su marido ensartada en una pica, ¿no?

—Entonces... ¿ése era su interés por cazar en los pantanos?

—Sí —suspiró la muchacha—. Quería hallar a Bucky. Se llamaba Bucky Costigan.

—A lo que veo, debió ser un matrimonio secreto, Charlene — observó el cazador.

—Justamente — asintió ella—. Bucky y yo nos casamos contra la oposición de mis padres. Oh, ya sé que esto parece ridículo ahora, en los tiempos actuales, pero así es, o era, mejor dicho. Mis padres no quisieron nunca oír hablar siquiera de mi matrimonio con Bucky Costigan. Aducían que era un vago, un derrochador y un cazadotes. ¿Tenían razón?

»Estuvimos tan poco tiempo casados, que no tuve tiempo de saberlo. Mientras duró, fui muy feliz con Bucky, a pesar de saberlo positivamente pobre. Pero ¿qué me importaba a mi eso? Yo le quería y tenía más que suficiente con amarlo y saberme amada.

—Ahora me explico — dijo Cairo — los motivos de su antipatía hacia Ría.

—Naturalmente. ¿Cómo me iba a agradar la presencia dé una periodista en el «safari»? Por humanidad no me quedaba otro remedio que aceptarla, pero sabía que sería para ella una historia sensacional la noticia de la boda de Charlene Sparlett, la rica heredera de las Empresas Sparlett, con Bucky Costigan. Una boda secreta, el marido que se esfuma de repente, y la mujer que organiza un «safari» para buscarlo. ¿Qué le parece, esto como material periodístico?

—Hablando francamente, inmejorable, Charlene — dijo calmosamente el cazador.

—Por ello, en medio de todo, me alegro de que Ría haya resultado ser la reina de estas bestias con dos patas. Así no se divulgará la noticia de mi matrimonio y posterior viudedad.

—Posiblemente — dijo Cairo, expeliendo el humo de su cigarrillo—.

Pero ¿cómo vino a parar aquí su esposo?

—Lo cazarían los «bakhutshos», por supuesto.

Cairo sacudió la cabeza.

—No me refiero a eso, sino al modo o las intenciones que su esposo traía al venir a Markhon IV. He reconocido también, entre las cabezas expuestas en la plaza, la de Dumont, un compañero mío de profesión. Sé que éste había aceptado formar como guía-jefe de un «safari», pero cuando salió de Colombópolis yo estaba fuera con otra expedición. Por lo tanto, nunca supe el nombre del terrestre que lo había contratado. ¿Por qué quería cazar Costigan en los pantanos?

Charlene meneó la cabeza.

—Bucky no vino a cazar, sino a buscar. Esto — dijo, y la uña de su dedo índice golpeó el borde del cuenco, haciendo brotar de él un sonido de purísimas notas musicales.

—¡Caramba!—se extrañó el joven—. ¿Y en la Tierra sabía su esposo que estos tesoros existían aquí? ¿Cómo diablos pudo enterarse de ello?

—En cierta ocasión — contestó la muchacha — recibió la visita de un desconocido. Fue después de ello cuando decidió venirse a Markhon IV. Me dijo que iba a hacerse rico, con objeto de que mis padres no tuvieran nada que objetar a nuestra unión. Sin embargo, no me aclaró el modo con que pensaba hacer fortuna, pero cuando se marchó encontré un pequeño fragmento de material idéntico al de este cuenco. Supuse que el desconocido habría hallado algún yacimiento de esmeraldas y que le habría buscado a él como socio capitalista en la empresa.

—Pero su esposo carecía de bienes de fortuna — observó Cairo.

—Yo le facilité el dinero necesario para la expedición. Estaba tan ilusionado con ella, que desde el primer momento supe que no podría contrariar sus propósitos. Y se fue.

—Y ahí fuera está — murmuró Cairo—. Pero ¿cómo sabría aquel individuo la existencia de tales esmeraldas?

—Me dijo que habían sido compañeros de Universidad. Bucky me habló vagamente de las penalidades que su amigo había pasado.

—Desde luego, debieron ser gordas — comentó Cairo—. No había oído hablar nunca de nadie que consiguiera escapar a los «bakhutshos».

—Pues aquel individuo lo logró, Cairo. ¡Ojalá se hubiera quedado aquí la primera vez! —exclamó Charlene, con los puños cerrados.

—Es usted la que no debió haberse movido de la Tierra, Charlene — dijo el cazador.

Ella le miró fijamente.

—¿Y qué quería que hiciera? ¿Vivir el resto de mis días con la incertidumbre de si Bucky estaba vivo, muerto... o me había abandonado por otra? ¡Tenía que saber lo que le había ocurrido y ahora... ya lo sé!

—Sí —murmuró pensativamente el cazador—; ahora ya lo sabe. Y esto le hará figurarse la suerte que nos espera a nosotros, ¿verdad?

Los ojos de Charlene llamearon.

—¿Cree usted capaz a Ría... o a Shaina, como se llame, capaz de asesinarnos?

—Los postes de ahí fuera tienen la respuesta, Charlene.

—Parece mentira... Una mujer tan refinada, tan bien educada... y ser la reina de este pueblo de fieras...

—Ser la reina de los «bakhutshos» es lo de menos, Charlene — murmuró Cairo—. Lo malo de todo es permitir, y aun recrearse, los sacrificios humanos. ¿De qué le ha servido la educación...?

EL cazador fue interrumpido bruscamente.

La puerta se abrió con seco golpe y un salvaje penetró en la estancia.

Cairo miró al «bakhutsho» y éste le devolvió, impertérrito, la mirada. Luego extendió la mano en su dirección, señalando acto seguido hacia la puerta.

La indicación era sobradamente clara y Cairo se dispuso a cumplir la orden. Entonces fue cuando Charlene le abrazó, tratando de retenerle.

—¡No, Cairo, no! — gritó—. ¡No vaya; le matarán...!

El joven sacudió la cabeza.

—Vea la puerta. Hay una docena de guerreros que me sacarían a rastras si yo soñase siquiera en resistir. Es inútil del todo oponerse a lo inevitable — y después de una pausa, añadió—: Adiós, Charlene. Adiós, Helen.

Con los ojos húmedos, la secretaria le estrechó la mano.

—¡Adiós, Cairo! Demuéstreles a estos caníbales cómo sabe morir un terrestre. Por encima de todo, sea valiente.

—Trataré de seguir sus indicaciones, Helen. Muchas gracias. Adiós otra vez, Charlene.

A sus espaldas, la joven quedó sollozando amargamente, en tanto Helen procuraba inútilmente calmarla.

Una vez estuvo fuera de la habitación, Cairo observó que los guerreros quedaban atrás, siendo únicamente acompañado por aquel que le había sacado

de su encierro, Éste le condujo a otra estancia, indicándole que pasara dentro.

Cairo, asombrado, obedeció en silencio, hallándose en un cuarto de baño de rústica apariencia, pero de innegable efectividad. Allí, bajo la supervisión del «bakhutsho», se aseó debidamente, quitándose el polvo y el sudor de los otros días pasados, y luego su vigilante le indicó un armarito donde el joven encontró lo necesario para limpiarse las mejillas de la espesa barba que las cubría.

—Su terrible dios me quiere bien limpio, sin duda alguna — pensó mientras se pasaba la navaja, hecha de aquel desconocido material, por la cara.

Al terminar, su custodio le indicó unas prendas de ropa que yacían sobre un taburete. Era una especie de camisa de manga muy corta, fabricada en aquella piel tan fina y suave que ya había admirado anteriormente, así como unos pantalones cortos del mismo material y unos blandos mocasines que se le acomodaron a los pies como sendos guantes.

Una vez estuvo vestido, el guardián, que durante todo aquel tiempo no había desplegado los labios, le hizo señas de que le siguiera. Por unos momentos, Cairo pensó en arrojarse sobre él y tratar de evadirse, pero le pareció una cobardía intentarlo sin las mujeres. Suspiró y salió de la estancia.

El «bakhutsho» le condujo a la veranda del palacio de Shaina, al sol. La plaza estaba casi desierta de gente y a cien metros de distancia brillaban, espejeantes, las azules aguas del lago, que parecía una gema de colosal tamaño.

Dos fueron los detalles que captó primero la visión del joven: uno, la sinuosa silueta de Ría-Shaina, reclinada indolentemente contra uno de los postes que sustentaban la veranda; y otro, la desaparición de aquellos terribles trofeos que hasta pocas horas antes habían adornado la entrada del palacio.

Shaina le sonrió amistosamente.

—Ven, Cairo; acompáñame.

El joven se quedó quieto a corta distancia de la muchacha, que parecía mucho más seductora ahora con sus nuevas vestiduras, aunque despojada por completo de sus joyas. La miró, frunciendo el ceño.

Ella rió con argentinos tonos.

—¿Tienes miedo de mí, Cairo? Oh, no voy a matarte..., al menos por ahora. En realidad, no abrigo malas intenciones hacia ti y los tuyos, pero tengo vivos deseos de sostener un rato de charla amistosa contigo.

—Tendrás que explicarme muchas cosas, Shaina — dijo él secamente.

—Por eso te he llamado, Cairo — sonrió la muchacha, la cual, acto

seguido, agitó la mano, haciendo que el guerrero se alejase—. ¿Ves? Ya nos hemos quedado solos. Anda, ven conmigo; pasearemos por la orilla del lago en tanto que conversamos, Cairo.

El cazador obedeció, con renuente paso. Ella rió de nuevo y comenzó a descender la escalera.

Cruzaron la plaza, entre, con gran asombro del joven, la general indiferencia de los «bakhutshos». Cairo arrojó furtivas miradas a derecha e izquierda, pero ella le adivinó la intención.

—Olvida todos tus deseos de fugarte de aquí, Cairo. Vamos solos, pero no correrías cien metros sin que una flecha, o una lanza de uno de mis súbditos te atravesase de parte a parte.

—Lo mismo que a Br'nath y los demás porteadores, ¿verdad, Shaina? —dijo él rencorosamente.

—Oh, no, nada de eso, Cairo; están vivos y bien tratados. No te preocupes de ellos; hemos venido a hablar de nosotros.

—Por supuesto, será una conversación muy interesante. Empieza ya a hablar, Shaina.

Ya habían llegado al borde del lago y caminaban por un sendero sombreado por copudos árboles, festoneado de espeso césped a ambos lados. De no haber sido por la siniestra sombra que se cernía sobre su porvenir, Cairo hubiera considerado aquel lugar como el más ameno que nunca había visto en su vida.

—Sin duda —dijo ella—, te estarás preguntando cómo es que Ría Jonchi, la falsa periodista, ha llegado a convertirse en Shaina, la reina de los «bakhutshos», ¿verdad?

—Algo hay de eso — concordó el joven—. Pero las leyendas dijeron siempre que se trataba de una mujer vieja, tanto, que parecía ser inmortal.

Shaina sacudió la cabeza.

—No. Fue, simplemente, mi abuela. Ella fue la reina de esta raza durante muchísimos años y al morir, el trono quedó vacante. Debía de haberlo heredado yo, pero mis padres, conmigo, estaban ausentes. Yo era muy pequeña entonces, ¿sabes? Un arrapiezo que, de pronto, se quedó huérfano y fue recogido por alguien que ocupó el lugar de los progenitores muertos durante cuatro o cinco años.

»Mis verdaderos padres murieron accidentalmente. Pero Shaina debía ser la reina de su pueblo y los más fieles guerreros de la tribu me estuvieron buscando durante mucho tiempo, hasta que al fin me hallaron. Me trajeron aquí, crecí y me desarrollé, y durante mi crecimiento vi muchas cosas que me desagradaron.

Shaina hizo una pausa. A mil metros de distancia, las aguas del lago se agitaron brevemente en dos parejos remolinos, pero Cairo, absorto en la contemplación de la muchacha, no se apercibió del detalle.

—Decidí que mi pueblo debía ser civilizado. Para ello, yo debía ser la primera en educarme y, después de una breve consulta con los más ancianos, marché al lugar donde mejor podía conseguir mis propósitos, es decir, a la Tierra.

»El contacto con vosotros nos ha ido convenciendo lentamente de que es preciso abandonar y desterrar radicalmente bárbaras costumbres a las cuales aún siguen sujetos algunos testarudos. Lamento lo ocurrido con Dumont y Costigan; en aquella época yo estaba fuera, y de haberme hallado aquí, el esposo de Charlene hubiera regresado indemne.

—Luego estás enterada de la historia — dijo el joven.

—Sí; la averigüé..., pero sigamos. Cuando creí que mis estudios habían terminado, regresé a Markhon. Fue entonces cuando Charlene y su simpática secretaria me vieron en el comedor del «Sputnik»... y luego fue cuando nos vimos, al atacarnos el ceratosaurio.

Los remolinos se produjeron de nuevo, ahora a unos quinientos metros de distancia de la orilla.

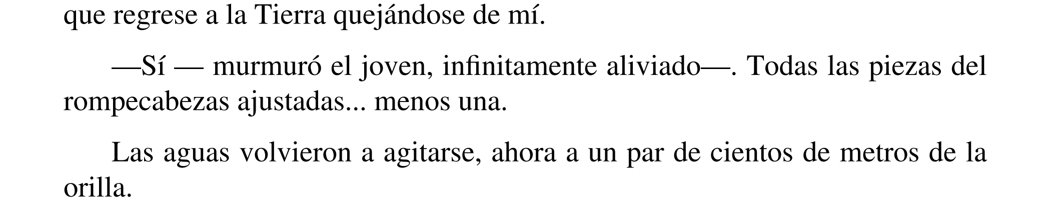
Cairo asintió:

—Entonces... por eso desaparecieron los dos muertos... y luego el otro... y más tarde, la pistola atómica, que debes guardar tú, en alguna parte..., y así se explica tu habilidad para desollar monstruos...

—Y todo — dijo Shaina, deteniéndose de repente y volviendo el rostro hacia el del joven—. Ahora haré de mi pueblo lo que debe ser, un pueblo culto, civilizado, como el vuestro, pero eliminando de su educación las deficiencias que allí encontré. Durante años hemos vivido encerrados en nuestros territorios; a partir de ahora, abriremos nuestras fronteras y entablaremos amistosas relaciones con todo el mundo. Quiero vivir en paz con todos, pero también deseo que nadie se olvide que nosotros, y sólo nosotros, somos los auténticos markhonianos.

—¿Y Br'nath y sus compañeros? ¿Vas a establecer ahora una barrera de discriminación racial, basada en su deficiente configuración anatómica? También ellos son markhonianos, nacieron aquí... como yo, Shaina.

—No — movió ella la cabeza—; al contrario, seremos amigos de todo el mundo. Pero que no nos traten como a los indios en América; si nuestra conducta fue, hasta ahora, la de unos salvajes, a partir de este momento variará radicalmente. ¿No te has dado cuenta de que han desaparecido las cabezas que había ante mi casa? Están enterradas, como debía ser... y a propósito, haré que Charlene sea indemnizada convenientemente; no quiero



que regrese a la Tierra quejándose de mí.

—Sí — murmuró el joven, infinitamente aliviado—. Todas las piezas del rompecabezas ajustadas... menos una.

Las aguas volvieron a agitarse, ahora a un par de cientos de metros de la orilla.

—¿A qué pieza te refieres? — dijo ella, comprendiendo a medias la frase.

—A la fotografía que te dejaste caer cuando fingiste ser raptada por tus propios súbditos, Shaina. ¿Por qué estábamos Br'nath y yo allí..., junto con la hija de los señores Cardova? Los tres, de pequeños, éramos muy amigos, pero...

Shaina sonrió de una manera singularmente enigmática. Sus verdes ojos se clavaron en los del cazador.

—¡Tonto!—exclamó con voz que apenas era un meloso susurro—. ¿Es que no lo has comprendido todavía?

Hubo una tensa, dramática pausa de silencio, durante la cual Cairo miró a la muchacha con los ojos desmesuradamente abiertos.

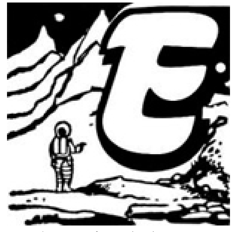
—El matrimonio Cardova, durante una expedición de caza, encontró a una niña en trance de muerte. La salvó y, como no tenía hijos, decidió adoptarla.

Las manos del cazador fueron instintivamente a los hombros de Shaina.

—«¿Tú... Lucy Cardova?» — exclamó, atónito.

En aquel momento, un terrible rugido desgarró con su siniestro estruendo la paz de la atmósfera.

CAPÍTULO X



L éxtasis del momento fue roto por el ronco bramido que había brotado de las orillas del lago, hacia el centro de la ciudad «bakhutsha». En lugar de desasirse, Shaina se apretó contra el pecho de Cairo, en un femenino e instintivo ademán de protección.

—¡Diplodocus!—exclamó sordamente la muchacha.

—¿Cómo? ¿También aquí?

Ella asintió.

—Sólo vienen de vez en cuando... pero alguna vez aparecen y causan graves destrozos hasta que conseguimos abatirlos.

—Sin armas de fuego eso es imposible, Shaina — adujo él, escuchando ahora un terrible griterío, que se mezclaba de manera confusa con los rugidas de las fieras.

—¿Dónde están las armas? — exclamó Cairo.

—Allí, en mi palacio... hice que las guardaran...

El cazador tomó rápidamente una decisión.

—¡Quédate aquí; yo voy a buscar mi rifle!—y echó a correr, seguido por la muchacha, la cual había hecho caso omiso de la orden de Cairo.

A medida que se iban acercando a la aldea, las señales de terror eran evidentes. Las mujeres y los niños huían despavoridos, buscando un refugió contra la acometida de las fieras. Cairo se dio cuenta de que entre los fugitivos no había un solo varón en edad de luchar e íntimamente no dejó de admirar el espíritu combativo de los «bakhutshos».

Pronto llegó a las primeras casas. El griterío era ya ensordecedor y casi parecía apagar los atronadores bramidos de las fieras. Por unos momentos Cairo tembló por la suerte de las dos terrestres, pero pensó en que sus custodios habrían tenido el suficiente sentido común para no abandonarlas a la muerte. Conocía de sobra la terrorífica potencia de un diplodocus y sabía que éste era capaz de abatir una de aquellas sólidas cabañas como si fuera hecha de palillos de dientes en lugar de gruesos troncos.

En pocos momentos estuvo en la gran plaza. Se detuvo, contemplando

estupefacto el terrible espectáculo.

Eran dos los diplodocus que atacaban la aldea. El diplodocus, el mayor de los saurios conocidos, era herbívoro, pero ello no era obstáculo para que arrasase cuanto hallaba a su paso en su búsqueda de alimentos vegetales. Realmente, imponía el aspecto de aquellos monstruos, de más de veinticinco metros de largo y una altura doble de la de un elefante común. Su cuello y su cola eran desmesuradamente largos y esta última podía agitarse, soltando terribles latigazos capaces de derribar una de las cabañas de un solo golpe.

Las dos fieras parecían ligeramente aturdidas por el colosal griterío que se alzaba en torno de ellas. Movían sus cabezas amenazadoras, con sacudidas de látigo, y sus diminutos ojillos miraban a todas partes, arrojando llamas de odio.

Había centenares de «bakhutshos» rodeando a los animales, situados a una prudente distancia. Ninguno de ellos, sin embargo, había hecho uso de sus lanzas y flechas, sabiendo que aquellas armas eran inútiles para traspasar la coriácea piel de las bestias.

Cairo se dijo que el mejor medio de llegar a su rifle era dar un rodeo, pero cuando se disponía a poner en práctica su idea una mano se apoyó en su brazo.

—¡Espera! —dijo Shaina a su lado.

Por una de las calles que daban a la plaza apareció un grupo de guerreros empujando un arma singular, tanto, que Cairo no pudo menos de abrir la boca como un estúpido.

Era un artefacto que, en cierto modo, parecía arrancado de un grabado medieval. Parecía una catapulta o un ariete y, en cierto modo, gozaba de las características de ambas armas. Pero, en lugar de utilizar cuatro ruedas, sólo llevaba tres, una de ellas, la posterior, unida a un larguísimo tronco que hacía las veces de timón de aquel singular aparato.

Sobre las ruedas, enormes, de casi dos metros de altura, había una plataforma en la cual se había instalado una colosal ballesta, de un tamaño increíble. Era preciso verlo para poder asegurar era cierto, pensó Cairo.

La ballesta tenía en su centro una flecha o lanza de más de seis metros de longitud, con el astil tan grueso como el brazo de un hombre. Su punta, agudísima, tenía un cuádruple filo en estrella y estaba fabricada del mismo material que las hachas y los cuchillos, midiendo casi un metro de longitud por treinta centímetros de grosor.

Entonces comprendió Cairo la forma en que los «bakhutshos» cazaban a los grandes saurios. Sólo de aquella manera, sin armas de fuego, podía derribárseles; pero, de pronto, el joven se estremeció.

Las fieras eran dos. La ballesta, cuyo arco tenía cuatro o más metros de largo, sólo una. Y debía ser muy lenta y laboriosa la operación de cargarla de nuevo.

—Debo ir por el rifle —dijo de nuevo, mas, fascinado por el espectáculo, se sintió incapaz de moverse de allí, pareciéndole que le habían brotado raíces de los pies.

Los salvajes colocaron el arma en posición. Uno de ellos, con una pesada hacha, se encontraba sobre la plataforma, dirigiendo la operación con secas y cortas órdenes. Cairo lo reconoció al instante: era el individuo que acompañaba a Shaina cuando el ataque del ceratosaurio.

La ballesta giró lentamente, apuntando hacia uno de los monstruos.

Éste pareció intuir el peligro y, lanzando un sonoro trompetazo, se lanzó al ataque. Aquellas minúsculas bestezuelas les estaban cerrando el paso a sus viveros de comida y era preciso barrerlas de allí.

El galope era lento, pero Cairo se dio cuenta de que se trataba sencillamente de una vulgar ilusión óptica, debida al colosal tamaño del monstruo. En realidad, hubiera rebasado fácilmente al mejor pura sangre en el más acreditado de los Derbys.

El «bakhutsho» levantó la mano, al mismo tiempo que por un segundo inclinaba la cabeza, mirando a lo largo de la gigantesca flecha. Un instante después bajaba el hacha, cortando la cuerda que aseguraba la ballesta.

Cairo creyó oír el tañido de un enorme bordón de guitarra, tal fue el sonido que emitió la cuerda de la ballesta al distenderse, empujando la flecha hacia adelante con terrorífico ímpetu.

El larguísimo palo se hundió casi hasta su final en el amplio pecho del monstruo, que emitió un terrible bramido al sentirse atravesado. Pero, arrastrado por su propio empuje, cayó sobre la catapulta, destrozándola en mil astillas, que volaron por los aires con siniestros chasquidos.

El ruido de los destrozos impidió oír los agudísimos gritos de pavor que lanzaban los infelices que habían sido aplastados bajo el artefacto derruido o las patas del diplodocus. Éste caminó aún veinte o treinta metros hasta que, de pronto, fallándole las fuerzas, cayó de bruces sobre la misma escalera del palacio de Shaina, destrozando parte de la veranda con aterrador estrépito.

Sólo entonces se dio cuenta Cairo del gravísimo peligro que corrían no sólo Charlene y su secretaria, sino también los nativos. El segundo diplodocus se había puesto en marcha y galopaba, haciendo temblar el suelo con sus terribles pasos, al mismo tiempo que trompeteaba de modo ensordecedor.

En aquel momento Cairo vio salir por una de las ventanas del palacio a las dos mujeres, ayudadas por unos cuantos «bakhutshos». Todo el grupo huyó de

allí a la carrera y el joven respiró aliviado.

Pero todavía no se habían terminado las peripecias. En su instinto, el monstruo intuyó que su pareja había muerto y una brutal cólera le acometió entonces.

Arremetió ciegamente contra el palacio de Shaina. Toda un ala del mismo saltó ante el terrible empuje del monstruo, cuya cola batía la tierra y el aire con feroces latigazos, ciego de ira por la muerte de su congénere, de cuya herida brotaban ríos de espesa y negruzca sangre.

El diplodocus retrocedió y volvió a cargar de nuevo. El resto del edificio que todavía quedaba en pie fue abatido con sonoro estrépito. Y Cairo no lloró de milagro al considerar que, de momento, era imposible rescatar las armas de aquel enorme montón de astillas.

Los «bakhutshos» parecieron reaccionar después de aquel hecho. Decenas de lanzas y flechas volaron por los aires, solamente para resbalar inofensivamente sobre su piel o quedarse alguna clavada, de las más certeras, unos pocos centímetros en la misma, sin causar ningún daño al monstruo. Éste tenía intacta su terrorífica vitalidad y, alzando la cabeza, detuvo unos instantes su destructora tarea para lanzar un aterrador rugido que conmovió sonoramente las capas de la atmósfera.

Como si aquello hubiera sido una señal, empezó la desbandada. Los «bakhutshos», desmoralizados, huyeron por todas partes, arrojando, quizá por primera vez en su larga historia guerrera, las armas de que disponían. En diez segundos. Cairo y Shaina quedaron solos en la ancha plaza, frente al monstruo que avanzaba hacia ellos.

No sabían qué hacer.

Era difícil, casi imposible, que pudieran escapar. La cola del diplodocus no cesaba de moverse en todas direcciones y en una ocasión su extremo golpeó la espalda de un «bakhutsho» que huía. El infeliz se dobló hacia atrás en ángulo recto y voló así por los aires, muerto instantáneamente, para quedar pendiente de un tronco horizontal, colgándole los brazos y las piernas inertes, en tanto que de su boca y narices salían arroyos de roja sangre. Cairo se espantó, pues el desgraciado había sido proyectado con toda facilidad a más de veinte metros de distancia.

Pero no había tiempo que perder: la lentitud del monstruo era sólo aparente y en unos instantes caería sobre ellos, aplastándoles bajo sus patas con la misma facilidad que si se hubiera tratado de simples hormigas. Y entonces un ramalazo de locura acometió el cerebro del joven.

Inclinándose rápidamente, tomó una pesada hacha del suelo, pasando el mango por el cinturón de sus pantalones. Luego, empujó a un lado a Shaina, gritando:

—¡Huye, pronto!

El diplodocus no podía variar tan fácilmente la dirección de su marcha, por lo que, mientras él le aguardaba a pie firme, Shaina podría escapar. Al mismo tiempo, Cairo pensaba en cortar la carrera de destrozos de la bestia, y, conocedor de su anatomía, sabía perfectamente que sólo había un medio de lograrlo.

Cuando parecía que el diplodocus iba a aplastarle, saltó ágilmente a su izquierda. La bestia pasó por su lado, resoplando estruendosamente, y Cairo no desaprovechó la ocasión.

Aparentemente lisa, la piel del monstruo ofrecía, sin embargo, las suficientes rugosidades para que el joven, asiéndose a ellas, pudiese trepar por su flanco hasta el lomo. Cairo se sintió enormemente sacudido y a punto de ser derribado en más de una ocasión, pero terco continuó su ascenso.

Llegó hasta el nacimiento del cuello, largo de seis o más metros. Abrazándose al mismo como si fuera el tronco de un árbol, sujetándose con brazos y piernas para no ser despedido a lo lejos, el cazador continuó trepando, sintiendo que se le desollaban los muslos, las rodillas, las piernas. Pero se mordió los labios para no gritar de dolor y prosiguió su ascenso.

Como si presintiera algún oscuro peligro, el diplodocus agitó terriblemente el cuello. A causa de aquellos violentísimos balanceos, Cairo empezó incluso a marearse, pero pudo conservar el dominio de sí mismo.

Al fin llegó a la cabeza. Éste era el momento más difícil, puesto que para la consecución de sus propósitos tenía que soltar una mano. Enroscándose al cuello del animal con las piernas, sujetándose con la mano izquierda, la derecha del joven buscó el hacha.

Cairo se dio cuenta de pronto que se había hecho un enorme silencio en torno suyo. Incluso la bestia había detenido su galopar, atenta únicamente a quitarse de encima aquel minúsculo insecto en el cual presentía un terrible enemigo.

El filo del hacha empezó a caer sobre el cráneo del diplodocus, pequeño en comparación con el resto del cuerpo, pero largo más de un metro. El hacha rebotó, pero Cairo tornó a la carga.

El joven perdió la noción de todo lo que le rodeaba. Ciego, casi enloquecido por la excitación del momento, no veía otra cosa que el cráneo del animal, en el cual el agudísimo e inmellable filo del arma empezaba a abrir las primeras brechas.

El diplodocus trompeteó ensordecedoramente, en tanto que su cuello se agitaba más y más todavía. Pero ahora los miembros del joven, convulsos, aferrados a aquella parte de la bestia, ya no soltaban su presa. Se habían engaritado allí y sólo la muerte de uno de los dos podría deshacer aquel

abrazo.

Con los ojos desorbitados por el espanto, Shaina contemplaba la terrorífica escena. Charlene y la secretaria, fascinadas, estaban a corta distancia de aquel lugar. Y el resto de los «bakhutshos», a centenares, quizá podían contarse, por millares, presenciaban, sin atreverse a respirar, la increíble y homérica lucha de un hombre contra el mayor de los monstruos antediluvianos, nuevo Sigfrido del siglo XXVI.

Al fin, los huesos del cráneo cedieron. Un repugnante chorro de una materia cálida y viscosa saltó al rostro del joven, cegándole por completo. Pero ahora Cairo ya no necesitaba ver y su mano derecha era un émbolo que batía con mortífero ritmo el órgano más vital del diplodocus.

Los hachazos causaron su efecto. Las patas del monstruo se doblaron y su cuello se inclinó hacia adelante. El instinto advirtió a Cairo, quien no veía absolutamente nada, y soltó el abrazo, para evitar le fueran aplastadas las piernas contra el suelo. Sintió bajo su cuerpo los últimos espasmos de la agonía del diplodocus y, de repente, todos los movimientos de éste cesaron.

Con la mano izquierda, Cairo se limpió parte de la ensangrentada máscara que le cubría el rostro. La piel de sus vestiduras estaba destrozada y todo su cuerpo estaba embadurnado de rojo de arriba abajo, mezclada su propia sangre, procedente de las desolladuras causadas por la feroz lucha, con la del monstruo abatido, cuyos ojos empezaban a opacarse.

Permaneció en pie unos segundos, luchando contra la debilidad lógica que, después de la lucha, empezaba a apoderarse de su cuerpo. El silencio había llegado a su punto máximo.

Pero, de repente, como movidos todos por un sentimiento unánime, un alud de «bakhutshos» se le arrojó encima. Cairo se sintió zarandeado, movido de derecha a izquierda, y finalmente alzado sobre un bosque de brazos. Y un colosal rugido, brotado al unísono de cientos y cientos de gargantas, atronó el aire.

—¡Rey! ¡Rey! ¡Rey!

* * *

En el borde de la selva de helechos, Cairo se despidió de Charlene.

—¿Cómo? —se asombró ella—. ¿Es que te vuelves?

El cazador inclinó la cabeza.

—Sí — musitó—. Lo siento, pero... Br'nath cuidará de vosotras y os conducirá sanas y salvas hasta Colombópolis.

Charlene le tomó por los brazos.

—¡Cairo! ¿Es que no te has dado cuenta de que te amo? ¡Ven, ven conmigo; tendrás todo lo que quieras: amor, riquezas, posición social...!

Cairo contestó con un movimiento harto significativo.

—Mi puesto está aquí — dijo muy encarnado

Charlene frunció los labios.

—Ya entiendo. Se trata de Shaina, ¿verdad? — y como el joven asintiera, ella, sin poder ocultar su despecho, dijo—: Es una salvaje, una markhoniana...

Los ojos de Cairo se clavaron el rostro de la muchacha.

—Lo siento — respondió, decidido—, pero yo también soy markhoniano. ¡Adiós! —y sin más giró sobre sus talones y se enfrentó con la llanura.

* * *

Eran dos lunas las que rielaban sobre las ondas del lago. Junto a una ventana, Shaina estaba apoyada, suspirando melancólicamente de vez en cuando.

El silencio en la aldea era absoluto. No era hora de descanso y si de la natural diversión después del trabajo cotidiano y, sin embargo, no es oía el más leve rumor. Hasta los más fieros «bakhutshos» deploraban la marcha del hombre que había sido el mayor héroe que ellos habían conocido nunca. Le habían aclamado como rey y habían esperado que lo fuera, pero, después de la curación de sus heridas, Cairo había partido, acompañando a las terrestres y defraudando sus esperanzas.

Un leve grito se oyó a lo lejos. Shaina no le prestó la menor atención.

El grito volvió a repetirse ahora más cerca. ¿Qué quería decir el hombre que lo profería?

Por tercera vez volvieron a gritar. Esta vez la muchacha sí entendió lo que

decían.

Su seno se alborotó repentinamente y los colores afluyeron a su pálido rostro. Shaina se llevó la mano al pecho, tratando de contener la tumultuaria agitación de su corazón.

El grito se multiplicó por tres o cuatro, luego por diez, casi en seguida por ciento. Una tras otra, las antorchas comenzaron a encenderse, acompañando con el rojo fulgor de sus luces la marcha triunfal que entonaba el coro.

—¡Rey! ¡Rey! ¡Rey!

Latiéndole violentamente el corazón, Shaina descendió las escaleras y salió al encuentro de Cairo.



Muchos hombres no regresaron jamás de los primeros viajes espaciales.

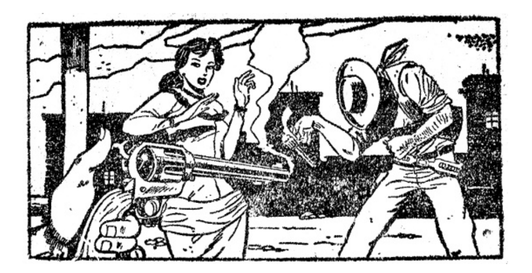
¿MURIERON?

Si viven, ¿DÓNDE ESTÁN?, ¿DÓNDE QUEDARON?

¿CONSERVAN TODAVÍA SU CONDICIÓN HUMANA O SE HAN CONVERTIDO EN...?

El planeta de los hombres perdidos

La novela más fantástica y atrevida de *H. S. THELS*.



Colección SEIS TIROS

Y en cada bala un mensaje de muerte y exterminio.

Colección SEIS TIROS

Y en cada disparo un hito sangriento en la pugna cruel de encontradas ambiciones.

Colección SEIS TIROS

Si no ha leído todavía ningún volumen de esta impresionante colección… ¡HÁGALO AHORA MISMO!

Después de hacerlo sólo lamentará una cosa:

HABER DESPERDICIADO SUS MOMENTOS DE OCIO SIN HABERLOS LLENADO DE LA AMENA, ATRACTIVA Y VERDADERAMENTE INTERESANTE LECTURA DE SUS VIBRANTES PÁGINAS.

Colección SEIS TIROS

¡Esta es precisamente, la que usted debe adquirir!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

140. — El fin del mundo. — *Law Space*.
141. — El gran peligro. — *Roy Silverton*.
142. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*.
143. — Yo, el monstruo. — *Johnny Garland*.
144. — La reina de las estrellas. — *Clark Carrados*.
145. — La venganza del cerebro. — *Law Space*.
146. — El mito de Fausto. — *H. S. Thels*.
147. — ¡Estaban con nosotros! — *Law Space*.
148. — El fin de Lemuria. — *H. S. Thels*.
149. — ¡Hola, terrícola! — *Law Space*.
150. — Ventana al futuro. — *Clark Carrados*.
151. — Mundo hostil. — *H. S. Thels*.
152. — «Jaque Mate». — *Law Space*.
153. — La ciudad monstruosa. — *H. S. Thels*.
154. — Parásitos cósmicos. — *Law Space*.
155. — El principio del Edén. — *Clark Carrados*.
156. — El tirano del Universo. — *Johnny Garlan*.
157. — Lobos del espacio. — *Clark Carrados*.
158. — Los últimos selenitas. — *Roy Silverton*.
159. — Cárcel de acero. — *Clark Carrados*.
160. — Supervivientes. — *Law Space*.
161. — La puerta infinita. — *Clark Carrados*.
162. — Semilla cósmica. — *Johnny Garland*.
163. — Safari. — *Clark Carrados*.



Escena de la película LOS PUENTES DE TOKO-RI,
de Paramount Pictures

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos